

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII •

San José, Costa Rica 1929 Sábado 20 de Abril

Núm. 15

SUMARIO

El premio Nobel de Literatura para 1928: Sigrid Undset.....	José Gabelli	Carta.....	P. Thoby
La fábula de la cochinilla.....	José Rafael Pocaherra	Historia del Mundo.....	Teodoro Picado
Un ladrón y su mujer.....	Manuel Rojas	Poesías.....	A. H. Pallás y Augusto Arias
Robert Ridgway.....	Fausto Coto Montero	Contar.....	Gabriela Mistral
Noticia de libros.....	Augusto Arias	Estampas.....	Juan del Camino
Manifiesto de la Unión Libertadora Venezolana.....	Juan Marinello	Tablero (1929).....	
El poeta José Martí (I).....	José M. Ruiz Mument		
Ideas para un apéndice a la <i>Historia del Arte</i>			

TIENE cuarenta y seis años, y vive en Oslo, pero más frecuentemente aún y con mayor predilección en Lillehammer, en la extrema punta septentrional del azul lago de Mjosen. Su casa se alza cerca de una quebrada, en pleno campo floreciente, y esta construida con rústica sencillez, de acuerdo con el más puro estilo comarcano del Gudbrandsdal. En lo más íntimo de su espíritu, la poesía es igualmente toda nortea y escandinava. En su contacto con las más modernas corrientes de la literatura europea, la poesía escandinava halló seguramente estímulo para intensificar su fuerza creadora, pero al propio tiempo se retrajo, se concentró en sí misma con apasionada vehemencia. A la refinada e inquieta espiritualidad moderna, saturada de secular experiencia, el alma escandinava, conservada virgen y primitiva por tanto tiempo en sus soledades, no podía responder con una adhesión y un abandono incondicionales. Strindberg trató resueltamente de europeizarla. Pero Ibsen reaccionó contra esa tendencia con lúcida e implacable severidad, y la tentativa de Strindberg fracasó totalmente. En las orgullosas tradiciones de su propio pasado, en la elemental poesía de las sagas antiguas, en las imágenes de la pretérita vida sana, ruda y fuerte el alma escandinava se buscó entonces y reconoció su propio y verdadero rostro. El nuevo Renacimiento nórdico, proclamado por Heidenstam hacia 1890, no permaneció circunscrito a los confines de Suecia. A la visionaria evocación de las *Estirpes de los Folkungar*, de Heidenstam, Johannes V. Jensen respondió en Dinamarca con la dramática visión de la *Calda del Rey*, ya en las postrimerías del Medioevo. Y en Noruega, el mismo Knut Hamsun abandonó su místico panteísmo voluptuosamente ebrio de músicas y estéticos arrebatos, y se puso a delinear en *Gérmenes Terrenas*, las potentes figuras cuadramas de Isak y de Inger, rudos fundadores de una potente estirpe campesina, campesinamente real. De este clima moral y poético tomó Sigrid Undset la atmósfera vital de su arte.

La materia de su mundo poético no es, sin embargo, como se podría creer por tratarse de una mujer delicada y mórbida. Es una materia densa, maciza y a veces áspera y abrupta. La Undset se muestra mujer, sobre todo, porque la atrae particularmente el corazón con los intrincados y confusos contrastes de sus

El Premio Nobel de Literatura para 1928: Sigrid Undset

—De *Lecturas Dominicales*, Bogotá.—



Sigrid Undset

pasiones y porque sus narraciones giran siempre en torno de un problema afectivo, de una pasión amorosa. Pero la realidad, que constituye el fondo de su poesía, es escrutada por ella con mirada firme y serena, y descrita osadamente, con todos sus bienes y sus males, hasta en sus últimas reconditeces.

Un sentido profundo de la seriedad de la vida inspira y ennoblece toda su vida, sentido que es ingénito en su naturaleza grave, llena de voluntad y de complejos impulsos. Y las propias circunstancias externas de su vida contribuyeron a intensificarlo.

Nacida en Kalundborg (Dinamarca), el 20 de mayo de 1862, perdió, cuando frisaba apenas en los quince años, a su padre, Ingvald Martin Undset, docto arqueólogo que supo vincular su nombre a importantes estudios sobre

la prehistoria del norte de Europa. Todavía muy niña tuvo que ingresar, en Oslo, como empleada en un almacén para ganarse la vida. En esa modesta situación permaneció diez años, y sólo salió de ella cuando dio a la estampa sus primeras obras. Una beca le permitió finalmente viajar por el extranjero e ir a Roma, a Italia, donde vivió por largo tiempo. Pero aún allí le fue preciso trabajar para subvenir a las necesidades de su existencia. Y ésta la colocó frecuentemente en situaciones que exigían, para ser resueltas, una grande entereza de ánimo unida a la conciencia exacta de las propias fuerzas y del propio destino. Aun el último paso de su vida, la conversión al catolicismo, ocurrida hace unos pocos años apenas, fué un acto de inmenso valor moral en un país protestante y que forzosamente debía mirarla con hostilidad.

Experiencias de este linaje templan un alma. Y toda la obra de la Undset es la demostración viva de la íntima y compacta fuerza moral de su autora.

De *La señora María Oulie* (1907), hasta *Olaf Audunsson y sus hijos* (1927), la producción de la grande escritora ofrece efectivamente una evolución casi lineal. No se detiene nunca ni se retuerce sobre sí misma. Se desarrolla y se amplía al mismo tiempo que las experiencias humanas que le sirven de alimento.

Ya en las primeras obras es fácil descubrir los elementos que habrán de integrarla en su totalidad. Son ellas novelas y novelines: *La Señora María Oulie*, *La Edad Feliz*, *Jenny*, *Primavera*, *Imágenes del Espejo Mágico*, *Las Virgenes Prudentes*, nos dan una visión fiel de la vida en Oslo durante los primeros lustros del siglo. Sigrid Undset describe en esas narraciones el pequeño mundo que le es familiar: la existencia gris y tediosa de las empleaditas en la gazmoñería de la ciudad nórdica, aun provinciana; la melancolía de las almas que no han perdido la ingenuidad y la fe de las generaciones precedentes; que sueñan aún sin ilusión y que desean aun sin esperanza, porque no tienen el valor de renunciar a la dulzura de soñar y desear. La novelista conoce aquel mundo maravillosamente, como conoce también el mundo bohemio y la vida de los artistas escandinavos en Roma, tan admirablemente descrita en las páginas de *Jenny*. Ella misma la vivía cuando escribió ese libro. Y de ahí que criaturas como Francisca tengan

una vida tan potente, que nos parece—al leer la novela—verlas moverse ante nosotros.

Cultivadora de un arte realista y desnudo, Sigrid Undset no retrocede ante las descripciones más audaces. Y esto no se debe a que le complazca retar a la moral burguesa. Su audacia es la reacción ingenua de una conciencia moral que, habiendo descubierto la realidad, la pinta tal como es, y al pintarla, la juzga. Precisamente por la falta de un punto de apoyo moral que la sostenga en los momentos en que siente el vacío de su vida, Jenny rueda inexorablemente hasta el fondo del precipicio. Por el contrario, Rosa, su hermana espiritual, en la novela *Primavera*, halla la ventura en el sencillo cumplimiento del deber. *El punto de vista de una mujer* (1919) en que la Undset rechaza resueltamente toda idea de emancipación femenil, proclamando que la mujer se debe sobre todo a su misión tradicional de esposa y de madre, no es sino la conclusión lógica de su actitud inicial.

Y esta conclusión, tuvo para ella otra análoga en el mundo de la poesía: fué su retorno a la Edad Media. La eximia escritora había sentido siempre una instintiva atracción hacia los siglos medios, como lo muestran algunos de sus libros: *La historia de Vigaljot y Vigdis*, *La vida y la muerte de San Alvaro* y las *Legendas de la Corte del Rey Arturo*. Cuando la conciencia de sí propia y de su destino adquirió una precisión y una claridad completas, la Edad Media le apareció, fatalmente, como el único mundo absolutamente cónsono con su alma y su inspiración de artista.

Al través de su conciencia moral, se había ido madurando poco a poco su conciencia religiosa. Y del confluir de la dúplice experiencia nació su obra maestra: *Cristina Lavransdatter* (1920-22).

Esta es la novela de la Noruega del siglo XIV, y se halla perfumada por la poesía de una época en que la vida conservaba aún toda la primigenia potencialidad de sus instintos; en que era al mismo tiempo sencilla y grande en el bien y en el mal, y en que el problema de la vida era planteado así: amarnos a nosotros mismos con ciega pasión y entregarnos, con plenitud de abandono, a Dios.

El primer volumen, *La Corona Nupcial*, es el relato de la juventud de Cristina, la descripción del ardor de sus sentidos y del deseo de vida que enfebrecía su alma y el análisis del influjo que su pasión por Erlend ejerce sobre ella, endureciéndola en la áspera realidad de la vida. De suerte que, cuando superados todos los obstáculos, logra al fin unir su destino al de Erlend, no puede menos de pensar dolorosamente en todos los terribles sacrificios que le ha sido preciso realizar.

El segundo volumen, *La Señora de Husaby*, es la historia de la formación y desarrollo de su voluntad moral en frente de los duros sacrificios que la existencia le impone y a los cuales tiene que someterse, ya por interés propio, ya por el interés de su familia o de sus hijos.

En el tercer volumen, *La Cruz*, su destino se torna vacilante e inseguro, inspira casi miedo. Su entereza pelagra por todos lados. Sus hijos la abandonan. Sus dependientes se unen contra ella. Al fin, no le queda sino una salvación: el refugio supremo a los pies de la cruz.

Pero la existencia de Cristina no es más que un centro en torno del cual se condensa una vasta trama. Circundando las figuras de Lavran, de Cristina, de Erlend, dibújase una mul-

La fábula de las cochinillas

Para Sergio Carbó

UNA de las tragedias más grandes de estos últimos tiempos es el desconcepto, la abulia, y finalmente, la mala fé y la procacidad hueca e inútil que afecta a los pobres de espíritu, empeñados en sacar cabecita de escándalo que «haga persona» en medio de la avalancha del fracaso.

La prolongada pasividad de acción, ya que no de pensamiento, que ha venido reinando entre los llamados dirigentes o líderes, ha dado alientos a seres nebulosos, huidizos, opacos, como esas cochinillas húmedas que surgen entre la piedra y el lodo al removerse el pavimento de un cuarto abandonado. Dan carreritas ágiles, hasta tornasolándose un instante en la ilusión de que al fin van a ver la luz; y cuando ésta penetra a torrentes y el aire se enriquece de oxígeno, la cochinilla inquieta, la pobre cochinilla de las siete dobles patitas y de las mil carreritas, la cochinilla ilusoria, pues... ¡se muere! Se muere de luz, de aseo, de ambiente puro.

El público que sigue, o con exceso de interés o por espíritu de malevolencia, estas maniobras cochinillescas, mira en la aparición del hemíptero—que según la historia natural es un insecto oriundo de México (*Dic. Larousse*, p. 221)—un signo de que va haber movilización de basura. Y quizá la propia cochinilla, sacada a duros escobazos de la húmeda rendija a que se adhiere tenaz y parasitaria, fórgase esta esperanza. Pero no; inútil esperar semejante aberración.

La escoba no discute con la basura. La barre.

José Rafael Pocaterra

Montreal, Canadá.

titud de otras figuras, cada una de las cuales tiene su pasión y su pesar, su fuerza y su fragilidad. Al fin de la novela, en medio a los estragos de la peste negra, cuando Cristina va en peregrinación a Nidaros y cuando, a la cabeza de los peregrinos, penetra en la catedral donde centenares de cirios arden ante el relicario que contiene las cenizas de San Olaf, se tiene la impresión de que esa multitud surgiese una vasta imploración, invocando la piedad de Dios sobre los dolores humanos.

Olaf Andunsson en Hestriken (1925), y *Olaf Andunsson y sus hijos* (1927), reflejan también la poesía de la vida, pero contemplada bajo otra luz. La conversión de la escritora se ha-

bía efectuado ya. Y lo que había de convulso en el mundo de *Cristina Lavransdatter* se ha aquietado ya. Todos los colores aparecen atenuados y el paisaje humano se ha restringido más. Ahora ya no se tiene la impresión de un mundo en formación. Estamos en presencia de algo clasificado, definido. La efusión lírica del sentimiento religioso ahoga a veces el simple drama humano. Y la poesía se torna más reposada y más límpida pero al mismo tiempo menos rica y menos variada. Aun en la historia de Olaf, de Ingunn, de Cecilia, de Erick, hay todavía instantes en que la poesía se enciende de nuevo y flamea pasionalmente con toda su antigua potencialidad. En el último volumen, al fin del trágico choque entre Olaf y Erick, cuando Olaf queda anonadado al ver que sus propios hijos le juzgan, la poesía tiene acentos de verdad humana que no es posible olvidar.

Obras excelsas fueron citadas por los críticos noruegos a propósito de estas dos últimas novelas. Y seguramente *La guerra y la paz* influyó en la Undset al escribirlas. Pero entre *La guerra y la paz* y *Cristina Lavransdatter* no es posible, en realidad, confrontación ninguna. La poesía de Tolstoy contiene en sí un mundo humano tan infinitamente amplio, y varió, y múltiple, que parece no tener límites, y fluye con una gran calma espontánea, como si brotase de la naturaleza misma de las cosas. Por el contrario, en la poesía de la Undset, las figuras vivientes son numerosas y están bien individualizadas. Pero todas están contempladas desde un sólo ángulo visual, lo cual les da cierta rigidez, en todas se advierte la misma lucha cruel entre los ímpetus de la carne y el anhelo cristiano de verdad y purificación; entre la voluntad de dominio y de goce y la necesidad de religiosa redención por el dolor, entre el sentido de la tierra y el sentido de Dios. La vida entera aparece allí como simplificada en un drama inmutable y esquemático de voluntades humanas constreñidas a doblegarse o a ser destruidas. Hasta el estilo de la narración es simple. Pero a pesar de su realismo, la Undset no conserva la evocación directa y cálida que hace el encanto de *Edad feliz* y de *Jenny*, aunque siempre abundan en sus obras postreras las páginas que recuerdan la sencillez y potencia de la *saga* antigua.

Todo la impulsaba a esta meta: la disciplina y voluntaria madurez de su sentimiento de la vida; la maciza y pétrea humanidad de sus criaturas, y los aún informes materiales lingüísticos del *Riksmål noruego*. La Undset encontró allí sus límites, pero también su fuerza. Y esbozando con mano firme las figuras de sus ensueños y de sus pasiones, supo crear una poesía grave y solemne, de líneas severas, algo verdaderamente monumental.

José Gabetti

Trad. de Eduardo Castillo.

LA SASTRERIA AMERICANA

J. PIEDRA & Hno.

CONFECCIONA LOS MEJORES TRAJES
DE ETIQUETA - PARA DIARIO - PARA DEPORTES

Si Ud. quiere vestir sin mayor desembolso, le invitamos a obtener una ACCIÓN en nuestro CLUB en formación; le daremos informes

LADO OESTE FOTO HERNANDEZ

UNA tarde de principios de invierno, en aquel pueblo del sur, una mujer apareció ante la puerta de la cárcel. Era una mujer joven, alta, delgada, vestida de negro. El manto cubría la cabeza y descendía hacia la cintura, envolviéndola completamente. •

El viento, que a largas zancadas recorría las solitarias callejuelas del pueblo, ceñía la ropa contra el cuerpo, haciéndola ver más alta y delgada.

Tenía la piel blanca y los ojos claros.

Estuvo un largo rato mirando la vieja y torcida puerta de la cárcel. Detrás de la reja, más allá del ancho corredor, un gendarme con aire aburrido se paseaba con su carabina al hombro. Por fin, la mujer avanzó y entró decidida. Llevaba un paquete colgando de la mano izquierda.

—¿Qué quiere?—preguntó el guardia, interrumpiendo su paseo.

—Quisiera... —dijo la mujer, pero en el mismo instante el gendarme gritó con voz gruesa:

—¡Cabo de guardia!

—¿Qué te pasa? —respondió una voz delgada desde el interior.

—Aquí hay una mujer que quiere... —empezó a decir el soldado, pero como no supo qué agregar, se encogió de hombros y recomenzó su paseo.

Apareció un vejete chico, delgado, de bigote blanco, vestido de uniforme, con la gorra torcida sobre la oreja y un gran manojito de llaves en la mano.

—¿Qué quiere, señora?—preguntó con voz amable.

La mujer se acercó a la reja.

—¿Hay aquí un preso que se llama Francisco Córdoba?

—¿Francisco Córdoba? Espérese... —respondió el cabo, rascándose la cabeza e inclinándose más con este movimiento la gorilla sobre la oreja— Francisco Córdoba... Sí. Uno delgado, moreno, de bigote...

—Sí.

—¿Y qué?

—Yo soy la mujer de él y quisiera verlo para entregarle una ropa que le traigo.

—¡Um! Ahora no va a poder verlo. Es muy tarde. La ropa puede dejarla, con confianza; yo se la entregaré.

—Y estos veinte pesos...

—¿Quiere mandarle veinte pesos? Muy bien. Démelos. No tenga cuidado, señora—agregó, risueño, viendo que la mujer dudaba.

—Sí, tome—dijo ella.

—Si quiere hablar con él venga mañana temprano.

—Bueno; muchas gracias.

—De nada, señora. Vaya tranquila.

Todavía no había salido, cuando el cabo, dándose vuelta hacia dentro, gritó con voz estentórea:

—¡Francisco Córdoba!

—¡Eh!—respondió lejos una voz que ella conocía; la voz de su hombre.

Se detuvo, con la esperanza de oírla de nuevo, pero ningún otro grito salió del fondo de aquellas murallas húmedas.

—¡Francisco Córdoba!

—¿Qué hay, mi cabo?—preguntó el preso.

—Toma. Tu mujer ha venido a verte y te manda este paquete y estos veinte pesos.

—¿De veras, mi cabito? ¿Y por qué no me deja hablar con ella?

—Ya es muy tarde. Vendrá mañana en la

Un ladrón y su mujer

=De la obra *El Delincuente*. Sociedad Chilena de Ediciones. Santiago de Chile, 1929.
Al autor, muchas gracias por el envío de su tan bello y último libro.=



Manuel Rojas,
excelente cuentista chileno

mañana—respondió el cabo, abriendo la puerta y entregando al preso el paquete y el dinero.

—Muchas gracias, cabo.

—Abre el paquete en mi presencia.

—En seguida.

El paquete contenía ropa interior limpia. El cabo echó una mirada de reojo y cerrando la puerta del calabozo se fué.

Pancho Córdoba, contento, cantando de gozo, empezó a cambiarse la ropa. Su mujercita había venido, trayéndole ropa limpia y dinero. ¡Tan linda y tan fiel! Desde donde la llamara, por muy lejos que estuviera, venía siempre a verlo. Ni una vez faltó al reclamo de su hombre en desgracia. Se enterneció pensando en ella, tan seria, tan humilde, tan maternal, siempre sin quejarse, llena de solitud y de atención.

Pancho Córdoba era un hombre delgado, moreno, de bigote negro. Vestía siempre muy correctamente. Era un poco jugador y otro poco ladrón, poseedor de mil mañas y de mil astucias, todas ellas encaminadas al poco loable fin de desvalijar al prójimo. ¿Qué es lo que no sabían hacer las manos de Pancho Córdoba? Desde jugar con ventaja al pocker, al monte o a la brisca, hasta extraer un billete de Banco, por muy escondido que estuviera en el fondo de los ajenos bolsillos, todo lo hacía. Era un verdadero pájaro de cuenta,

hábil, alegre, despreocupado. Lo habían detenido en la estación de ese pueblo en los momentos en que pretendía dejar sin su repleta cartera a un respetable caballero, y a pesar de su aire de indignación, de su chaquet y de sus protestas de honradez, fué enviado rectamente a la cárcel.

Una vez que se hubo cambiado de ropa se sintió otro hombre y se paseó con aire de importancia por el calabozo. Mañana vendría su mujer, haría algunas diligencias, gastaría algún dinero y seguramente lo pondría en libertad. El conocía el sistema.

Dos horas después, los presos fueron sacados de sus calabozos y llevados al patio. Antes de las ocho era costumbre pasar lista de los detenidos. Esto servía también como recreo para los reos.

Apenas llegó al patio, el salteador Fortunato García, condenado a una larga condena, se acercó a él y le dijo:

—Pancho, oye bien lo que te voy a decir.

—Habla.

—Óyeme sin mirarme. Cuando pase por aquí la guardia de relevo, los hombres de mi cuadrilla se echarán encima de los soldados y les quitarán las carabinas. Seguramente habrán tiros hasta para regalar. Mientras tanto, yo me correré hacia el fondo y saltaré la muralla que da al río. La fuga está preparada nada más que para mí, pero si quieres escapar, sígueme. Si la treta sale bien nos podemos ir muchos. ¿Entendiste?

—Sí, gracias.

—No me des las gracias todavía, porque es muy posible que si la cosa sale mal nos peguen un tiro. Atención.

Al principio, el proyecto le produjo un poco de miedo a Pancho Córdoba. El no era hombre de tiros ni de situaciones trágicas. No le gustaban las emociones demasiado violentas. Pero, pensándolo bien, el asunto no era tan terrible y todo dependía del modo cómo se aprovechara el tiempo.

Observaría el desarrollo de los acontecimientos y si las circunstancias se prestaban se marcharía lo más rápidamente posible.

Pensó inmediatamente que su desconocimiento de la región era un obstáculo para su fuga y buscó, entre los hombres que lo rodeaban, a alguien conocedor del terreno que pudiera guiarlo y acompañarlo.

Entre los presos había dos indios araucanos, mocetones fornidos, altos, macizos, condenados a varios años por un robo de animales. Se acercó a ellos y en breves palabras les puso al corriente de lo que se preparaba, comprometiéndose ellos a llevarlo consigo y no abandonarlo. Conocían la región como sus propias rucas.

—En cuanto me vean correr a mí, síganme—les dijo Pancho Córdoba con aire de jefe.

Sin embargo, le quedó una última duda. ¿No sería una estupidez exponerse a recibir un tiro, ya que su causa no era grave y podía salir de un momento a otro? ¿Y su mujer?

Estaba pensando en ella cuando apareció en el patio el pelotón de gendarmes que abandonaba la guardia. Pasó por delante de los presos y desapareció por la puerta que daba hacia el exterior. Inmediatamente entró el otro grupo que cubriría la nueva guardia. Apenas los soldados llegaron a la mitad del patio, uno de los presos cerró la puerta y los demás se echaron aullando encima de los nuevos centinelas. Gritos de violencia y que-

jidos de angustia se oyeron. A Pancho Córdoba se le encogió el corazón. Miró hacia el fondo del patio y vió que Fortunato García se lanzaba al aire desde lo alto de la muralla.

La guardia, cogida de improviso, fué desarmada casi en su totalidad y sus hombres, pálidos, se arrinconaban rechinando los dientes de rabia. Dos soldados luchaban aún.

Tres hombres más saltaron la muralla. Francisco Córdoba se repuso y pensó que estaba perdiendo un tiempo precioso. Hizo un rápido cálculo y vió que todavía disponía de diez o quince minutos para ponerse en salvo. Además, ya era casi de noche y sería fácil escurrirse entre las sombras.

Sin saber cómo se encontró en lo alto de la pared. Saltó en el aire y apenas tocó el suelo, apretó a correr derecho. Un minuto después los indios corrían a su lado.

—Por aquí.

Se desviaron un poco y llegaron a la orilla de la barranca del río.

—No hay camino. ¡Tírate!—gritó uno de los indios lanzándose al vacío.

Llevado por el ímpetu de la carrera, Pancho Córdoba no tuvo tiempo de reflexionar y cerrando los ojos saltó. Cayó en una pendiente de tierra suelta que se desmoronó y lo fué a dejar rodando a la misma orilla del río.

El indio más joven corría ya sobre el agua, chapoteando delante de Pancho. El otro venía detrás de él. Subieron rápidamente la pendiente contraria y se encontraron a la otra orilla del río, frente al campo inmenso, nerviosos y entusiasmados por la fuga.

En ese momento se oyó el primer tiro en la cárcel y como si esa hubiese sido la señal de partida, los tres echaron a correr como locos.

Los faldones del chaquet de Pancho Córdoba volaban detrás de él.

No supo cuánto tiempo estuvo corriendo. Con los puños cerrados, lleno de una alegría frenética, corría detrás del indio joven, procurando mantener la distancia. El indio corría con un trote largo, elástico, sostenido, resoplando como un caballo. El otro marchaba detrás de Pancho y él sentía su respiración rítmica y su paso liviano resonando en el silencio del campo. Se sentía seguro en medio de esos dos hombres tan sanos, tan robustos, que parecían dispuestos a correr todo el tiempo que fuera necesario y más aún.

Pero si Pancho Córdoba era ágil y liviano como un verdadero ladrón joven, no poseía, en cambio, la formidable resistencia de sus

compañeros. El sudor corría a chorros por su cuerpo y a la hora escasa de marcha se dió cuenta de que no podría correr mucho tiempo más. Sentía el pecho y las piernas pesadas y la respiración producía un dolor como de quemadura en la garganta. Empezó a perder terreno y tropezaba continuamente, vacilando en la carrera. Quiso detenerse, pero el indio que venía detrás le gritó:

—¡No te pares, huínca cobarde! ¡Corre!

El insulto le dió rabia, pero también le dió fuerza, y continuó corriendo. Pero aquel demonio que corría delante de él era incansable, no disminuía un instante su largo trote y parecía tocar apenas con sus pies la blanda hierba del campo.

De pronto tropezó y cayó rodando al suelo, con la boca abierta, extenuado. Los dos indios se detuvieron.

—¡Párate! ¡Corre!—le gritaron, desesperados, rabiosos.

—No puedo. Váyanse ustedes. Déjenme solo—murmuró Pancho Córdoba.

—¡Párate! Vienen soldados...—le dijeron.

Pancho no respondió, no podía hablar. Entonces el indio más joven lo levantó bruscamente, se puso delante de él e inclinándose lo tomó sobre su espalda, reanudando la carrera.

Pancho, avergonzado, se tomó del cuello del indio y se dejó llevar. Durante mucho rato el araucano corrió con su carga humana, con un trote pesado pero continuo, y cuando juzgó que el hombre había descansado lo suficiente, lo soltó. Pancho Córdoba volvió a correr y corrió hasta caer nuevamente al suelo, rendido, tomándolo entonces en hombros el otro indio.

Cuando éste lo dejó, se negó a correr más. Ya no había razón para proseguir corriendo, pues se habían alejado bastante y seguramente estaban fuera de peligro.

Sin embargo, siguieron andando de prisa, escuchando de rato en rato. Pero el campo estaba en silencio. Ni un gríto, ni un disparo, ni un trote de caballo. La oscuridad era profunda y en medio de ella marchaban los tres hombres, mudos, respirando fatigosamente.

Al día siguiente, muy temprano, la mujer de Pancho Córdoba se encaminó hacia la cárcel. Había tenido noticias de la evasión, pero sin saber los detalles de ella. Estaba pálida y demacrada. Apenas había dormido esa noche. En la oscuridad de su pieza, medio

dormida, medio despierta, veía a su marido muerto, tendido de bruces en el suelo, o huyendo, perseguido por un soldado que le hacía fuego sin poder herirlo. Otras veces lo veía libre, sonriendo, o herido, afirmado en un árbol, pálido, mirándola tristemente mientras ella lloraba.

¿Hasta cuándo viviría ella así? Todos los trances angustiosos en que él se encontraba a menudo, todos los peligros que corría, las prisiones, las fugas, los procesos, todo ese dolor continuo que forma la vida de un delincuente recaía únicamente sobre ella. Él soportaba los acontecimientos, vivíalos; ella sufríalos, viviendo siempre angustiada, recibiendo en su corazón de mujer todo el oscuro dolor de la vida de su hombre.

Resignada, silenciosa, iba de allá para acá, siguiéndolo en sus vicisitudes. Había unido su vida a la de ese hombre, queriéndolo, sin saber que era ladrón; cuando lo supo lo quiso más, sintiendo hacia él un cariño de madre y de hermana.

Antes de llegar a la puerta de la cárcel, se detuvo indecisa. ¿Se habría fugado o no habría podido hacerlo? ¿Estaría herido o muerto? ¿Qué hacer?

Por fin se decidió a entrar.

Detrás de la reja se paseaba un gendarme con el arma al hombro. Pero éste no tenía el aire aburrido que tenía el de la tarde anterior. Ese se paseaba resueltamente, con aspecto de guapeza y de desaffo.

—¿Qué quiere?—preguntó, deteniéndose y echando una mirada terrible sobre la mujer.

—Quisiera hablar con el cabo de guardia.

—¡Cabo de guardia!—gritó él.

Un hombre alto y moreno acudió. La guardia había sido cambiada y el simpático vejete de la gorrilla ladeada estaba descansando.

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere, señora?—preguntó con voz brusca.

—Es que... el otro cabo me dijo que podía venir hoy en la mañana a ver a mi marido.

—¿Quién es su marido?

—Un detenido, Francisco Córdoba.

—¿Francisco Córdoba?—preguntó el cabo, sorprendido.

—Sí. Yo vine ayer a hablar con él y el otro cabo me dijo...

—Sí, sí; espérese. ¿De modo que usted es la mujer del reo Córdoba?

—Sí, yo soy.

—Muy bien, pase.

Abrió la reja y la mujer entró.

—Venga para acá.

La hizo entrar en un cuartucho donde había una mesa y una banca. Algunos grillos estaban colgados en la pared.

—Siéntese.

La mujer se sentó, tímida. Había notado que el cabo le dirigía furtivas miradas, como queriendo sorprenderla. Además, su voz estaba llena de malicia. El hombre se plantó ante ella.

—¿Así es que usted quiere hablar con el preso Francisco Córdoba?—preguntó irónicamente.

—Sí, señor.

El gendarme la miró de arriba a abajo y después de un momento preguntó:

—¿Usted no sabe lo que pasó anoche aquí?

—No, señor—mintió ella.

—Hubo una fuga. Los presos atacaron a la guardia e hirieron a dos soldados. Su marido fué uno de los cabecillas. ¿Usted no sabía que se estaba preparando una fuga?

—No, señor, nada.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS	FABRICA:	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	REFRESCOS KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Robert Ridgway

Acaba de morir en los Estados Unidos el sabio Profesor Robert Ridgway, el hombre que dedicó toda su vida a crear el «Asilo de los Pájaros». (Bird Haven.)

Pocos sabios pudieron, como éste, dejarle al mundo una lección eterna encarnada en una obra nueva. «El Asilo de los Pájaros» es en los Estados Unidos una posesión hecha exclusivamente para la felicidad de las aves. Los hombres hacen fincas como exponentes de su egoísmo y las rodean de muros o las erizan de espigas y las cierran con grandes llaves para que sólo sirvan a sus personales intereses. Casi podrían ponerles a la entrada la frase de Caín cuando



Mr. Ridgway en su casa

ambulaba sin reposo purgando su crimen: «Prohibo entrar a Dios». El Profesor Ridgway, en cambio, entrega su vida a una finca, no para su egoísmo, sino para el bien total, destinándola a estos seres que si pagan un servicio es con un canto o con una flor.

«El Asilo de los Pájaros» es como un Laboratorio donde se les estudia esmeradamente y donde se descubre así, día a día, un secreto que les mejore la vida o que sirva para que el hombre utilice mejor esa vida: el *Hombre*, no estos hombres o aquellos hombres en grupos separados por líneas de fuego peleando intereses ridículos, sino el *Hombre* como expresión cabal del bien colectivo.

En el «Asilo de los Pájaros» hay una casa, la del Profesor, y en torno, enorme extensión de campos, naturales unos y cultivados los otros, con flores, con árboles, con musgos y ríos y frutas, con todo lo que el sabio descubría indispensable a la vida de sus pájaros amados. Aparte de los ejemplares de todas las plantas de Illinois, que fué parte de su obra la de reunir en el Bird Haven las plantas del Estado, porque el sabio era también Botánico profundo.

He aquí una obra rara y un extraño amor que sólo alcanzan a comprender los espíritus selectos: el amor de las alas y los trinos arrancados a las selvas del mundo, sin distinción de países, en un admirable programa

de fraternidad universal. Amó los pájaros porque los pájaros son la vida de los campos y fué en su busca a todos los sitios y trabajó por todos, fueran o no los de su país, con lo que les dió a los hombres la otra lección de que hay un modo de acabar con la mezquindad de las fronteras, marco del egoísmo de los pueblos que sólo sirve para fomentar guerras y odios fratricidas: vivir para la Ciencia que es vivir para el Amor. Es posible encenderse más en amor a los otros que dándose a la Ciencia? Es posible que se comprenda mejor el deber de tolerancia para el que yerra o ignora, que iluminándose en la lumbre de la investigación profunda?

Es posible aquí en la tierra matar con más violencia las torpes vanidades de los hombres, que renunciar a la farsa del mundo para reunirse con Dios en las alas y en los trinos y en las hojas y en las flores, en la espiga, y en el bulbo, en donde nada tiene sentido sino la mano de Dios?

El Profesor Ridgway vivió para la Ciencia y, enamorado de sus pájaros y de sus plantas, olvidó que había fronteras y que había egoísmos. Para él no hubo países: hubo un país: el de los pájaros, ancho como la mirada infinita de Dios. Y no hubo hombres, sino el *Hombre* como vértice del Bien.

Fuó así como vino a Costa Rica, a reunirse en cariño fraternal con nuestro sabio Ornólogo D. José C. Zeledón. Y

juntos los dos, y unidos por la misma devoción a la ciencia pura, recorrieron nuestras selvas y estudiaron sus aves, y le dieron al mundo sus magníficos hallazgos.

Cuando ocurrió la muerte de nuestro don José, lo lloró inconsolable el Profesor Ridgway en cuya obra quedaba inconclusa la colaboración fraternal. Hoy que muere el sabio norteamericano, mientras lo lloramos en ésta que fué su casa, los viejos amigos se reúnen en lo Eterno, y comparten, como en los días que fueron, fraternalmente, sus devociones científicas... Y en lo Eterno, dialogan como cuando con sus esposas, que fueron sus admirables colaboradoras, recorrían las selvas

costarricenses o las norteamericanas, colectando llenos de la fiebre de estudio que siempre fué su característica.

Está de duelo el mundo científico y queda sin concluir el Libro del Profesor, que ya sumaba diez volúmenes de Pájaros y uno de Colores. El Bird Haven se llena de melancolía, y como en las tardes grises del Otoño, los pájaros amados, con la cabeza apretada contra el plumaje, despiden sollozando al Sabio que les dió la vida como ninguno y que para ellos recorría las selvas investigando.

Hace apenas algo más de un año, en una tarde serena o en una mañana de sol, cuando el ambiente era caricia en las copas de los árboles que apenas se mecían soñolientos, apareció el Sabio Ridgway en sus jardines llevando en la mano el cofrecillo en que se había convertido el cuerpo de su esposa, para dispersar las sagradas cenizas por el «Asilo de los Pájaros» en cumplimiento de la última voluntad de la que fué su compañera del alma, que así quiso seguir vinculada a la obra que juntos habían comenzado cuando iniciaron su amor en los años floridos de las ilusiones infinitas y las bellas esperanzas. Ahora el capítulo se completa con la muerte de Él, y no ya las cenizas de su cuerpo, sino el alma entera se dispersa por el mundo, hecha canto de amor para todos los hombres...

Fausto Coto Montero.

—¿No sabía nada, no? ¿Usted es de aquí del pueblo?

—No señor; llegué ayer de Santiago.

—¿El no le dijo nada a usted?

—Si no he hablado con él...

El cabo calló, mirando a la mujer. Después le dijo repentinamente, queriendo confundirla:

—Usted ha venido al pueblo a preparar la fuga.

—No; él me escribió a Santiago pidiéndome que le trajera ropa y dinero. Nada más.

—¡Um! ¡Qué casualidad! Llegar el mismo día de la evasión. Y dice que no sabe nada...

La mujer, con la cabeza inclinada, sentía caer sobre ella la mirada y las palabras del cabo. Este, con las piernas abiertas, balanceaba el cuerpo, haciendo sonar el llavero que llevaba colgado de la mano izquierda.

—¿Y usted no sabe dónde está su marido?

—¿Se arrancó?—preguntó ella, anhelante. El hombre largó un risotada.

—No, no alcanzó a irse. Está aquí, bien guardado. Espérese un momento.

Salió y volvió acompañado de un sargento. Ante la puerta conversaron los dos en voz baja. El sargento miraba de vez en cuando a

la mujer. Terminada la conversación, avanzó hacia ella y díjole:

—Usted va a quedar detenida. Necesitamos hacer algunas averiguaciones.

La mujer no protestó. Sabía que era inútil.

—Vaya con el cabo.

—Por aquí.

El cabo guió a la mujer por una ancha galería de celdas y calabozos. Afirmados en los barrotes de las rejas, mudos, tristes, algunos presos miraban a la mujer y al cabo. No hacían un movimiento ni decían una palabra; no había ni sorpresa ni pena en sus rostros.

Habían perdido toda expresión y parecían formar parte de aquellas rejas, de aquellas paredes y de aquellas tablas de las tarimas.

—¡Está triste la gallada!—murmuró el cabo irónicamente.—Se le dió vuelta la tortilla.

Aludía al poco éxito de la fuga, atribuyendo a ello la causa del silencio y de la tristeza de los presos.

Por fin, en el último calabozo de la galería fué encerrada la mujer.

Al entrar vió sobre la tarima una frazada manchada de sangre, extendida sobre un bulto que parecía una persona. No dijo una palabra; pero apenas el cabo cerró la puerta y se fué, la mujer avanzó hacia la tarima, cogió la frazada de una punta y tiró despacio hacia atrás, con miedo, temiendo ver de pronto aparecer el rostro pálido de su hombre.

El muerto no era su marido; lo tapó cuidadosamente y fué a pararse ante la reja del calabozo. Después de irse el cabo, los presos habían comenzado a hablar en voz baja, de calabozo a calabozo, y ella sentía el cuchicheo de ellos a lo largo de la galería.

Escuchando estaba, cuando cerca de ella una voz la llamó desde un calabozo.

—¡Señora! ¡Señora!

—¿Qué quiere?—respondió ella, sin ver al que la llamaba.

La voz era suave y el que hablaba parecía tener el propósito de servirla o ayudarla.

—¿Por qué la traen a usted?—preguntó.

—Vine a ver a mi marido que está preso aquí; me han dicho que anoche hubo una fuga y he sido detenida mientras hacen algunas averiguaciones.

—¿Y quién es su marido?—preguntó la voz.

—Francisco Córdoba.

—¿Pancho Córdoba? Se fugó anoche con seis reos más.

—¿Se fugó?

—Sí, señora, alégrese.

La noticia corrió rápidamente por la galería. ¡La mujer del evadido Pancho Córdoba estaba allí! El tono de la conversación subió alegremente. La única distracción del momento, la constituía el hablar de los que habían logrado fugarse.

Durante mucho rato estuvo oyendo contar los detalles de la evasión. Tranquilizáronla los presos, diciéndole que su situación no era comprometida y que tan pronto prestara la primera declaración pondríanla en libertad.

La charla de los presos la entretenía y la libraba de la horrible soledad de su calabozo, haciéndola olvidar un poco la fría presencia de aquel muerto.

Pero transcurrió el día y vino la tarde, helada, silenciosa. El rumor y el cuchicheo se fué apagando poco a poco y por fin la mujer quedó aislada entre las paredes del calabozo. Hasta muy entrada la noche se mantuvo afirmada en la reja, de pie, sintiendo a su espalda algo molesto y extraño, procurando oír alguna voz, algún rumor de pasos, algo que la acompañara en su soledad.

Por fin sintió frío y cansancio. El viaje que había hecho desde la capital, la mala noche pasada, la falta de alimentación la rindieron. Se acurrucó en un rincón, pero el frío era demasiado intenso y le impedía dormir. Se levantó y haciendo un gran esfuerzo de valor, fué hacia el muerto y tomando la frazada de una punta empezó a descubrirlo. Cuando la hubo retirado completamente, caminó en punta de pies hasta un rincón, se arrebózó en la frazada y sentándose en el suelo se quedó profundamente dormida.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

Durante cinco días permaneció en la cárcel, sin ser interrogada. El juez había sido llamado a la capital y ella tuvo que esperar su vuelta, pacientemente, resignada con su suerte.

El cabo pequeño, el vejete de la gorrilla ladeada, venía siempre a hablar con ella, a acompañarla, y procuraba entretenerla contándole historias y chascarrillos. Le inspiraba piedad y simpatía aquella mujer que no protestaba, que quería tanto a su hombre y que esperaba sin desesperarse. Además, el cabito había apreciado mucho a Pancho Córdoba, tan jovial, tan generoso y... tan pillo.

A las horas de comida venía a dejarle personalmente la ración, un guisote horrible que ella no podía soportar.

—Hay que comer, hija mía...—decíala, paternalmente.—El que no come no digiere y para vivir, hay, que comer y digerir. Haga un empuñito. Mire, tápese la nariz, cierre los ojos y échese una cucharadita a la disimulada.

Manuel Rojas.

Noticia de libros

A. H. PALLAIS, Presbo.—*Bello tono menor*. León de Nicaragua.

ESTE último libro del autor de los *Camínos* suena, con un acento más elástico, en el verso que consagrara el Arcipreste. El alejandrino que ha defendido Arciniegas, mezcla su voz profunda en este libro menor del melodioso presbítero de Nicaragua, con el endecasílabo sobrio y el musical dodecasílabo que adoró Berceo. Sugestiones de aroma busca Pallais para su bello tono: «Es muy oloroso, es muy oloroso—Jacob el segundo, Jacob el menor», y recordando que al libro primero se llamó retórica y al segundo poética, piensa en los hermanos mayores Zorrilla y Quintana, y en los segundos, Campoamor y Becquer, amigos del libro menor.

No se hallaría al presbítero Pallais un parecido con el Nervo de la oración esencial. Su misticismo es otro. Más bien un adarme del abate joven de los madrigales tiembla en su pecho, produciendo una música como de recato y expansión, en la que fuga esa cristalería del poema, la inquietud suspensiva que es nimbo de las cosas bellas: «Niña del poema, no te dicen nada—mis versos, no puedo, ni quiero, sellada...»

Pallais logra ofrecernos el ritmo, profano, libre de las arenillas del tránsito, de la escoria del mundo. Así su aptitud evangelizada para cantar a las piedras preciosas que no adornaron jamás la tú-

Ella reía y consentía en comer para agradecer a aquel vejete tan simpático.

Por fin, al sexto día, habiendo regresado el juez, fué llevada a declarar y como su declaración y la de la dueña de casa donde ella viviera una tarde y una noche, fueran satisfactorias, fué puesta en libertad.

Desde la cárcel se fué hasta la estación, sola, silenciosa, tal como había llegado, y allí estuvo sentada hasta que llegó el tren.

Cuando subió sintió que la chistaban, llamándola. Se dió vuelta y vió, en un rincón del coche, a su marido, a Pancho Córdoba, que la sonreía tiernamente. Al verlo sintió algo dulce y triste que le oprimía la garganta y el corazón y empezó a llorar calladamente, sin sollozar, como si se propusiera no hacer ruido.

El la tomó de un brazo y la sentó a su lado, acariciándola. Estaba locuaz y hablaba alegremente.

—¿Te tuvieron presa todo este tiempo? Yo lo suponía... Fíjate que yo me fugué con dos indios araucanos, que me llevaron en hombros cuando me cansé de correr. Fuimos a dar no sé dónde, por allá, en las montañas, a sus rucas. Me atendieron como a un príncipe, me dieron bien de comer y cuando al venirme yo les ofrecí dinero, los veinte pesos que tú me mandaste, no me los aceptaron. Les pregunté cómo podía pagarles, ¿y sabes lo que me pidieron? Los forros de seda del chaquet para hacerse bolsas tabaqueras. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué diablos lesos! ¿Qué te parece?

Pero ella no contestó. Con la cabeza afirmada en el hombro de Pancho Córdoba, lloraba dulcemente, sintiendo que con el llanto descansaba su corazón atribulado.

Así su amor para los símbolos inesperados en esas figurillas que incorpora muchas veces a las mayúsculas del misal: la ardilla ligera, el ciervo de ramas...

Su libro menor tiene la curiosidad y el pálido asombro del niño que marcha desgranando rimas preciosas con su voz no aprendida ni ensayada. El Presbítero mismo bendice el advenimiento de Jacob, «después de *Camínos*, tarde religiosa de legas estrellas y ramas en flor».

Como en uno de sus mejores poemas, la estética *propia* de Pallais, vuelve cristalinamente y lavados a los versos de su libro: el agua que tiene piedades y paciencias de Sor, limpia de las inocentes hojas del campo, el polvo que es «novela profana de un tal Vargas Vila». Y por la savia pura sube el verso de Jammes.

Rara y única es la parábola del árbol que mira ese tono menor, hijo de su lírica sapiencia, con ojos virginales: inmóvil, silencioso, florido, rumoroso, encantado.

Su corazón es como el del Padre Villamí: «como un evangelio de mansos pastores». Pallais no se enclaustra. Asiste a la fiesta del iris, pero con una suerte de reposo que se dijera de terso espejo para fijar los tonos más depurados. Alguna vez, frente a su romance moderno de las estrellas que conocen a las ardillas, recurre al eternal latín para completar

sus estrofas y ese afán de vuelo, de novedad, de horizonte y descubrimiento, hácese en él sólo deseo espiritual, misa, canto.

El autor de *Tabaré*, Guillermo Valencia, Sanín Cano, Juana de Ibarbourou, Arévalo Martínez, Santos Chocano, ya descubrieron en el *cuca* Pallais a uno de los grandes poetas de América.

ARTURO CAPDEVILA.—*Melpómene*. Buenos Aires.

En los veintinueve libros de Arturo Capdevila hallamos desde la perfección de la poesía y la viveza del teatro, hasta la verdad de la historia, el encanto de los cuentos, la profundidad de la exégesis, la línea del derecho y la experiencia de los viajes. Cansinos Assens que ha tenido palabras acerbadas para la obra de muchos cantores, repara en el caso de Capdevila «un dechado de poeta», que no se queda, como los otros, «en los inocentes arrobos de la ignorancia asombrada», sino que incursiona como Lugones, por todos los campos del conocimiento, borrando el prejuicio de que la sapiencia anula o aménora el pristino sentido del *vate*, como si la poesía, como expresa gallardamente Cansinos, no fuera tam bién un *gay saber*.

Este libro cuya quinta edición recibimos, es el segundo de la obra de Capdevila. Publicado en 1912 no puede ser inactual, ni en esta época un tanto borrosa y disconforme, cuando se consagran los más pueriles caprichos del verso y se suple la falta de ingenio o de sentimiento con una pueril imaginaria, recortada, por lo demás, en moldes que ya son vulgares.

Su prologuista, Manuel Gálvez y otros críticos y comentaristas, observaron ya la musa de la tragedia que vive y habla en *Melpómene*. Este poema de singular maestría, dicho en memoria de sus padres, cautiva con una fuerza tal, porque no se vierte en la voz plañidera ni revienta en los ecos lastimeros que buscó casi siempre, por afinidad de formas expresivas, el lamento elegíaco.

Capdevila mismo lo advierte. En *Melpómene*, como en sus demás obras líricas abundarán los mármoles negros. Pero esto «para que mejor resalte la silueta del maestro que viste túnica blanca y viene tocado con turbante hindú».

No sabemos de otro poeta que sienta un espanto más varonil de la muerte. Lo trágico, exprimido por la diestra de Poe desde la garganta lúgubre del cuervo, está distante de este hielo excepcional que sentimos al descansar reclinando la frente en los mármoles negros de *Melpómene*, hasta donde ha venido el «hermano gurú» de la india «romántica y lejana». Capdevila que sabe como es humo la vejez del fuego, se representa ese su tenaz pensamiento de la muerte en la figura de un camello que se arroja piadosamente y le ofrece la joroba de paciencia para llevarle por las arenas de las estepas mudas.

En Capdevila, personalísimo, descubrimos alguna afinidad, si bien lejana e incierta, pero que llama a la voz de nuestra memoria con la advertencia de un acento conmovedor y solemne: el de Baudelaire. En los perfectos pareados de

Unión Libertadora Venezolana Manifiesto

Por cuanto el Gobierno Venezolano, violando los derechos de la ciudadanía, no ha convocado a elecciones al Pueblo de la República para legalizar constitucionalmente la situación política del país;

Por cuanto el Congreso actual no representa la voluntad de la mayoría de los venezolanos, toda vez que ese Cuerpo es de nominación exclusiva del Jefe del Ejecutivo Venezolano, usurpador del Poder y dictador omnimodo en el gobierno de la República;

Por cuanto no se ha llenado el más elemental dictado de Derecho ni se ha tomado providencia alguna que tienda a sustituir el régimen político *de facto* imperante en Venezuela, con un gobierno constitucional y legítimo, emanado de la libre voluntad de los venezolanos manifestado por medio del voto popular,

la *Unión Libertadora Venezolana*

DECLARA:

Que desconoce y rechaza por espurias e inconstitucionales todas las *Resoluciones, Acuerdos, Elecciones, o Leyes*, que dimanen del Congreso Venezolano que habrá de reunirse el 19 de abril del presente año de 1929 y denuncia ante los Pueblos de América la inconstitucionalidad de ese Congreso así como la del régimen *de facto* que lo mantiene.

En Comité Ejecutivo de la UNIÓN LIBERTADORA VENEZOLANA.

J. C. Sotillo Picornell

Gamaliel Noriega

V. M. Quesada

Rubén Iglesias

Roberto Brenes h.

San José de Costa Rica, a 13 de abril de 1929.

Comunicaciones que hoy ¹ se han publicado anuncian la separación del general Juan Vicente Gómez del poder omnimodo que ha ejercido durante más de 20 años. No es Venezuela, más o menos habituada a los regímenes de hierro y sangre, quien más orgullosa debe sentirse por la ausencia del tirano que la humillaba, la hería y la explotaba con exquisita sabiduría comercial, sino América, nuestra América, que borra de su frente un estigma de barbarie que ante el mundo la mostraba como un rincón de selva en donde todos los crímenes celebraban su festín. No podía por más tiempo seguir nutriendo el continente ni en Venezuela ni en otra nación cualquiera, estos despotismos antropófagos que la confinan a la curiosidad de los museos, al dominio de la vitrina, al estudio de los hombres que investigan los extravíos mentales. La población de Venezuela, que en el año de 1891 era de 2.674.624 habitantes, arrojó en el censo de 1921,

(¹) Marzo 20 del año en curso.

practicado por el dictador que se declara, hoy en receso, 2.438.952 es decir, 235.672 habitantes en un período de 31 años. Y en los ocho que han transcurrido hasta hoy, necesariamente la despoblación se ha incrementado de manera considerable porque las prisiones, los suplicios, la deportación, no han cesado de funcionar. ¿Hay o no hay razón para llamar caníbales a los gobiernos que así devoran a sus pueblos?

Pero, en fin, éste no es el momento de los malos recuerdos, tanto más inoportunos en la hora en que varios gobiernos hispanoamericanos se orientan enérgicamente hacia los métodos de gobierno que el general Gómez puso en práctica. Ahora sólo se trata de que el insigne rehabilitador salga de Venezuela y permita el nacimiento de otra dictadura menos cruel, que quizá prepare el advenimiento de un régimen legal. Quienes amamos a Venezuela y creemos en la solidaridad americana, tenemos hoy abundante motivo de alegría.

Maitre Renard

(El Espectador, Bogotá)

Capdevila nos sobrecoge la imagen de ese río negro, sin término, de cauce fatal. En sus viajes cinéreos, muéstranse alguna vez símbolos parecidos a los que hubo de animar el poeta de las *Flores del Mal*, cuando para el mar negro pidió los remos negros, a la diestra de la muerte capitana. Pero lo que hay de diabolismo en el amador de los perfumes y de los gatos, está lleno en el artífice de *Melpómene* por una plácida filosofía oriental, casi por una tersura de esperanza.

Lugones que le acusó de cargar a los otros con su propio dolor, le ha festejado ahora con el más rotundo de sus elogios. Quien escribió una elegía de tanta pureza como *In Memoriam*, era capaz de acendrar el saber que se expande en *El Cartar de los Cantares* y el dolor calmado que hinche y apacigua el aire de *Córdoba del recuerdo*...

Augusto Arias

Quito, Ecuador.

El poeta José Martí

A María J. Vidaurreta



Juan Marinello

FALTA el libro definitivo sobre José Martí. Carecemos aún de la interpretación honda y plena de aquella vida y de la ponderación comprensiva, certera—crítica—de su obra literaria. Algún paraje de aquel alma vastísima, una en su variedad sorprendente, ha sido atravesado con éxito; ninguno agotado en sus últimas posibilidades. Después de cada ascensión y al fin de todos los caminos, el horizonte huido, inaprehensible, ha puesto de nuevo su tentación y su esperanza. Y en la persecución de ese horizonte se ha olvidado la visión de conjunto, la ambición totalizadora. No se ha levantado todavía la palabra que ha de decir—que ha de vivir—la magnitud de aquella mente de excepción.

Más allá de algunos nombres cimeros, no ha tenido suerte la gloria de nuestro Libertador. El culto idolátrico ha velado casi siempre el conocimiento del hombre y del escritor. Cuando de vuelta del comentario epidérmico, disfrazado muchas veces con percalinas cortadas sobre las sedas fastuosas del Maestro, se va de nuevo a su lectura, han de contenerse con violencia en los labios los versos indignados:

¡Oh, qué terrible
procesión de culpables!

Mil veces el fervor encendido y la angustia que busca en Martí «ara y no pedestal», han transido el laude al héroe, pero en muy pocos momentos ha venido su espíritu, por el fervor y por la angustia, hasta nosotros. Todos los días poetas y oradores, en olvido continuo del hombre que dijo que «ver en calma un crimen es cometerlo», han quemado en su recuerdo miserables fuegos de artificio.

Y no hacemos referencia a la diaria y enternecida alusión a la obra y a la acción libertadora de Martí, nunca ausente de quienes pretenden desleír sus turbias apetencias en aguas redentoras. Como todo gran rebelde, Martí ha sido —es—bandera útil a los que lo hubiesen sacrificado sin pestañar. Como Francisco de Asís, ha recibido después de muerto el homenaje insincero de los que en vida lo dejaron—prudentemente—sólo porque llevaba luz. Si hoy no estorba ganancias y puede vestirlas con su gloria, ¿por qué no hemos de invocarlo en toda oportunidad? ¿No hemos esculpido su frente—«ladera de montaña»—en las monedas con que lo compramos y vendemos todo...?

La dificultad de entrar con pie firme en el reino de Martí aumenta con los días. Al morir nuestro gran poeta una voz amiga se apresuró a expresar en párrafos emocionados su tributo al gran caído. «Mañana—decía aquella voz, que

ha tenido don profético—será obra magna hablar de él. Hagámoslo hoy». Los días han hecho, con efecto, gigantesca la figura de José Martí, porque cada hallazgo y cada nueva meditación han acusado y engrandecido sus perfiles fundamentales. Quien quiera hoy gozar sus riquezas con goce inédito—con esa ineditéz perenne de la obra genial para quien sabe desentrañar sus sentidos infinitos; —quienes deseen ponderar en balanza propia los quilates de su oro, tienen que habérselas con un gigante. Y de esa lucha—toda comprensión lo es—sólo quedan indemnes los que, como el Santo batallador, tengan fuerzas para toda la noche. Para la noche poblada de mundos que es la obra de José Martí.

Pero aun quedarían limitaciones centrales para el escritor cubano. No puede verse en lejana perspectiva ni enjuiciarse con frialdad a quien nos dió la hora que vivimos. Duele como sacrilego el reparo que se hace a quien, sin más norma que la sinceridad «bajo la cual puse no sólo su corazón sino también su genio»⁽¹⁾ y sufriendo a toda hora el mandato nietzschiano que ordena escribir con la propia sangre, se dió a su obra sin preocupación de escuelas

ni cuidado de tendencias—aunque las lecturas copiosísimas y la adivinación de gérmenes al romper nos asombren en él a cada paso.

Siempre quedaría en el crítico nuestro el escozor de haber señalado momentos infortunados—las «ramazones sin flor ni fruto» que advirtió Darío—en versos y prosas que su autor condenó, como obra primeriza y hecha al galope, a olvido eterno. Y proscribir de su labor esbozos y tanteos en que, con el trazo desvahido, el giro artificioso, la imagen manida y sin relieve, marcha siempre el zarpazo genial y el atisbo profético, es mutilar la trayectoria espiritual de Martí y la de su vida—voz, y no eco, como en nosotros—de su espíritu.

Pero la obra crítica—depuración—ha de intentarse ya. Quepa a la generación nuestra el duro privilegio. Difícil cosa aislar elementos en un complejo que nos subyuga y envuelve. «Amor cuerdo no es amor», dijo el propio Martí. Pero, ¿por qué no distinguir a tiempo oros y oropeles antes que los ojos extraños, con menos amor, los distingan? Nuestro gran escritor es nuestro gran fiador moral e intelectual ante el mundo. Cuide-mos de dar a los oídos lejanos, como para acallar ruidos dolorosos (el de las monedas sigilosas que llevan su efigie y el de los dientes estremecidos por miedos insignes...), la resonancia más amplia, más universal de aquel espíritu arcángelico. No hemos

querido ser los herederos de su ejemplo. Seamos, al menos, los estudiosos de su obra. Quien no tenga más, que dé su entusiasmo. Quien pueda,—allegue lo mucho que hay disperso por el Continente con la marca de su luz. Quien quiera y pueda desentrañar los sentidos, en gran parte ocultos todavía, de aquella producción oceánica; separe lo que inspiró la simpatía momentánea; el halago generoso, la cortesía rendida, de lo hecho con las entrañas, en ansia de perennidad. Establézcanse ya las líneas regidoras de su ideario político y estético; muéstrense los caminos por donde se ha de convenir en que dió nuestra tierra el más personal y fuerte escritor de América.

Y el elegido, el que sienta dentro de sí el fuego que consumió a nuestro «jerarca eterno», nos dé el ensayo en que se nos manifieste el héroe en toda su estatura histórica y humana, en la gran síntesis poética que pide—que exige—el anhelo encendido de amor que fué su vida.

Martí—ilimitado en sí mismo—es para nosotros un límite. También un motivo de meditación sobre las calidades específicas de la mente criolla. Los frívolos—cubren ancha parte de nuestro mapa intelectual—y los que miden la belleza de una vida por el hábil usufructo del caudal que nos dejó el rebelde de ayer y no por el doloroso destino de quien, por acercar el mañana, declara la guerra al momento que le toca vivir, se han condolido de aquella vida trajinada, febril, angustiosa, quemada en mil menesteres subalternos. Hubieran querido para Martí una existencia plácida, rica en esas horas quietas en que se sedimenta y organiza—sin conciencia del propio escritor—lo que ayer se adquirió y meditó. Una de esas vidas que no tienen realidad y significado sino en el libro de hondo y sereno pensamiento. Si hubiera sido una de esas la vida de nuestro Libertador, no tendríamos, desde luego, esta patria maltratada, pero tampoco la obra par de las que nos brindan las viejas culturas de Europa.

Martí señala el límite porque en él se concentraron, vestidas con su genio y afinadas y depuradas en el motivo central de su acción, las características—las excelencias, mejor—de la mente cubana. Pero, por este camino todo cuidado es pequeño. Quede constancia al emprenderlo de que está muy lejos de nuestra intención negar profundidad, originalidad, amplitud, al pensamiento criollo. En Martí al menos, llega a cumbres visibles desde muy lejos. Pero, parece que la profundidad, la amplitud, la originalidad del pen-

(Pasa a la pág. 235.)

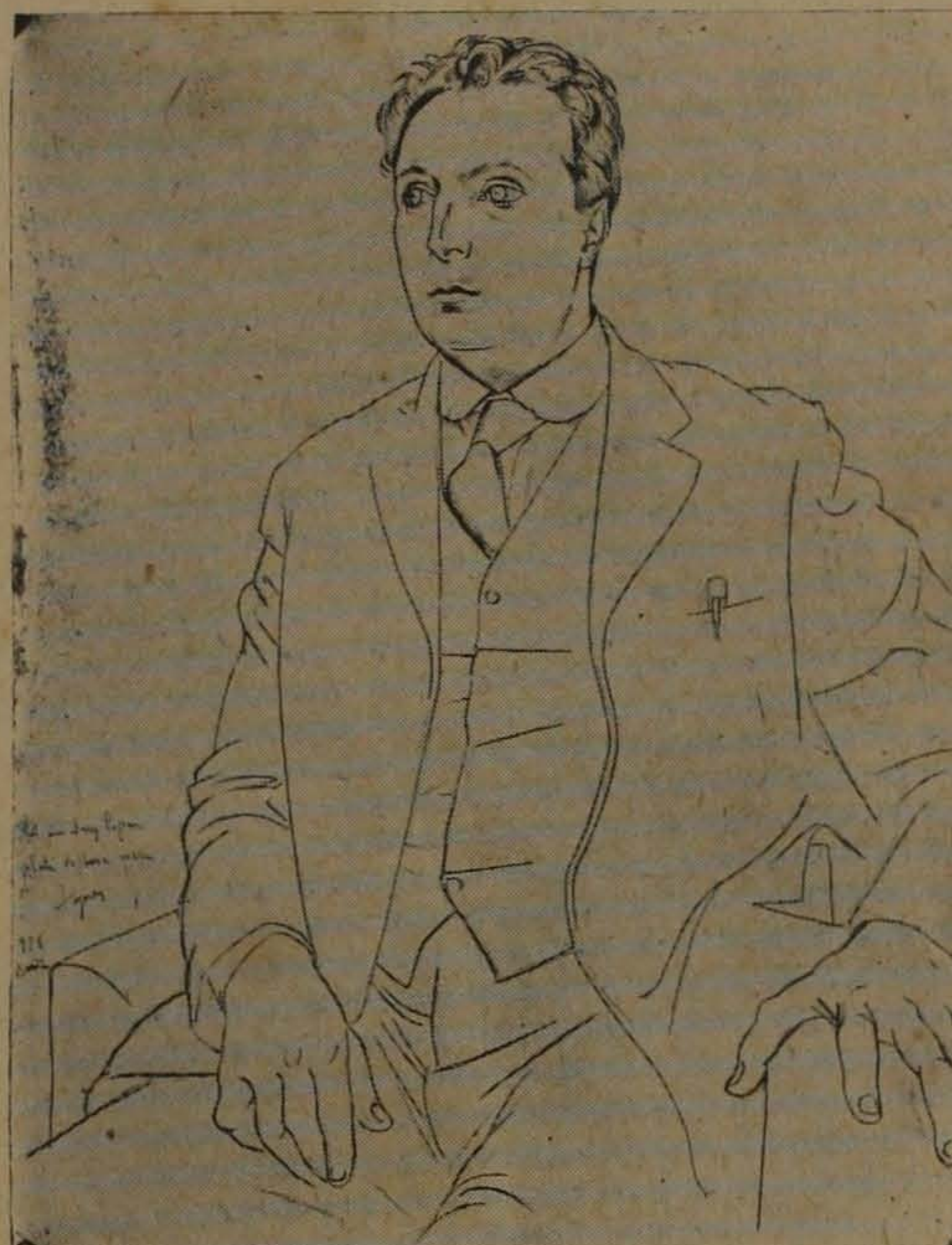
(1) Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro en su valioso libro *La poesía moderna en Cuba*. Madrid, 1926.

Recomendamos, como la más completa que hemos consultado, la Nota Bibliográfica de Martí en las páginas 24 y siguientes de esa obra.

PIJOAN EN MADRID

Ideas para un apéndice a la Historia del Arte

= De El Sol. Madrid =



José Pijoán

VARIOS amigos nos juntamos para oír a José Pijoán, que de una vez nos iba a hablar. El primero en llegar fué Bagaría, que no hizo manifestaciones; dibujó unas líneas sobre cuartillas y se marchó, porque sabe todas las estéticas, desde la que siguieron los primeros hombres de las cavernas hasta la que adoctrinará a los últimos hombres de las cavernas. El último, en llegar fué el presidente, Pijoán, que hizo al periodista y a los que con él se habían juntado—el señor catedrático, el señor crítico, el señor Ramón, el señor ensayista, el señor que nadie sabe quién es y el señor occidentalista—las siguientes manifestaciones:

—Mi maestro Giner de los Ríos hablaba; a mí toca hacer cosas.

El Sr. Pijoán, que suele vivir en la costa que los Estados Unidos de Norteamérica tiene en el Pacífico, habla con acento catalán, salvo cuando pronuncia la *t* y la *q*. En estos casos frecuentes muerde una imaginaria pipa. Además, acaba todas las frases que le gustan con una interjección interrogativa: ¿Ehm?, o ¿hm?, que no suele ser uso de catalanes. El Sr. Sedó, verbigracia, usaba la siguiente: ¿Sap?, en Barcelona. ¿Sabe?, en el Senado.

Y luego dice:

—Soy catalán: bien se me conoce, y fui poeta rural. Viví el hombre eterno, que dicen que llevamos todos, con gañanes y pastores. Me asusté de no vivir la vida de mis conciudadanos, y dije a mis pastores que me iba con los doctores. Era como el río que baja a la ciudad y mueve los molinos y otras fábricas.

El ensayista, que mira casi siempre a la izquierda, viendo cosas que pasan, mira al río imaginario.

—Bajé a compartir los modernos dolores, y me fueron muy dolorosos realmente. Me hice sabio, aunque me costó mucho. Estudié el arte, y me hice un cartel, como *Bombita*, aunque *Bombita* ya no mata, y yo sí. Vi otros pueblos, otras gentes, que pagan con cheques, se casan de otro modo y piensan, sobre todo, de otro modo. ¿hm?

El señor que nadie sabe quién es, y que, sin embargo, es católico y amigo de dos frailes y dos curas, baja los ojos al oír lo del casamiento.

—Cuando yo fui sabio, pensé si la sabiduría me perjudicaba o no, si no sería yo apto a estudiar la hermosura del arte. Pero sí: la sentía, y a un tiempo sabía medirla.

El señor crítico sonríe, y comienza a divertirse como sólo él sabe.

—Hace veinte años comencé la *Historia del Arte*, y la terminé con los últimos impresionistas. Luego vinieron otras representaciones de arte y dije: «No me meto en esto».

El señor Ramón baja un poco la cabeza, pensando: «¿Es posible?»

—Hace cinco años me preocupé con la nueva conciencia artística. ¿Habría hecho mal quedándome en el siglo XIX?

El señor occidentalista dice entre dientes:

—Pues ¡claro que sí!

—Me angustiaba no ser otra vez de mi tiempo. Pensé, estudié, vi, viajé, y me he convertido, y me encuentro con que soy muy ajeno al arte que se hace. Soy primitivo, y mucho mejor si pudiese ser eterno. ¿hm? Vi que el arte nuevo era una necesidad universal, que había una verdadera peste de arte nuevo, que la lepra había invadido a todo el mundo, que los muchachos estaban más intoxicados que los hombres maduros, y me quedé asustado. ¿Es que duermen?, pensé.

El señor Ramón piensa:

—Tú traes truco; pero, desde luego, mientras no veamos claras las cartas, parece que efectivamente te acostabas a las ocho.

—La invasión era universal; era raro que acometiese con preferencia a la juventud, y esto fué lo que más me alarmó. Si algo soy, soy historiador y en la historia he visto que no hay períodos de veinticinco años de arte sin algo interesante. No hay veinticinco años sin que barbero, negro, monje, quien

sea, dé una ventaja. A veces faltan elementos y se atasca la actividad. Si ahora suprimen el papel, el cristal, el automóvil, tendremos que volver a la tartana. Se atasca la actividad, pero no toda: por otras partes se adelanta. ¿hm? Parece una paradoja, pero no lo es.

El señor que nadie sabe quién es busca afanosamente en su fichero de recuerdos helénicos cómo se dirá en castellano derivado del griego lo que parece mentira y no lo es, o sea: metáfora es a verdad como X es a mentira. No encuentra a X; pero le interesa mucho.

—En el campo tuve como una revelación. Me pareció que me decían: «El hombre no puede retroceder». No puede retroceder porque detrás no está vacío. Está lleno de cojos, mancos, heridos, curas, ciegos, tontos, etc.

Todos los oyentes ríen, excepto el señor que nadie sabe quién es, que recuerda a los dos frailes y los dos curas que van a carrera tendida hacia adelante.

—Hacia adelante está vacío, y los artistas van a él. Es la línea de la menor resistencia. ¿Es esto verdad o no? ¿hm? Es la verdad, absolutamente. ¿Que se hunde la familia? ¿Que se hunde la moral?

El señor que nadie, etc., y el

señor catedrático se alarman con gran fundamento.

—¿Que se hunden muchas cosas? ¿Pero volveremos atrás? Cuando la guerra de los Balcanes, los periodistas vieron cómo un oficial serbio se adelantaba hacia un fuerte turco que hacía en sus filas gran carnicería. Es horrible, pensaban los periodistas. El oficial entró en el fuerte, y aquéllos le preguntaron: «¿Cómo se empeñó usted? No tiene usted alma. ¿Cuánta gente muerta!» «Sí—contestó el oficial—; pero cuando lo advertí estaba ya a medio camino. Y la retrocesión me hubiera costado las mismas pérdidas que el avance. Muertos por muertos, no retrocedo». Bueno. El espíritu adelanta siempre, y lo veo en mis estudios de las épocas oscuras, donde encuentro magníficas novedades. En los siglos V y VI doy con gente que hacía bailar las mesas, como los espiritistas de ahora, etc.

Todos reímos, especialmente el señor crítico. El señor Ramón no pierde una.

—Yo no vendo esos años de historia. Repito que cada veinticinco años da cosas interesantes. ¿También los veinticinco años últimos? ¿Estaban locos sus artistas? Si dijésemos que sí, los locos seríamos nosotros. He leído todo lo que se ha publicado en Madrid en estos últimos tiempos y su adelanto. Ya no existe nada de eso.

El señor occidentalista, el señor ensayista, casi todos cambiamos de postura. También los gatos cuando van a ponerse en guardia defensiva disimulada.

—La estética última no sirve. ¿Qué significa? ¿A dónde va? El arte contemporáneo no es uniforme. La rotura entre los siglos XIX y XX está representada por los protestantes impresionistas: Cézanne y Renoir, aunque de Renoir lo dudo. Cézanne y otros rompen con el impresionismo. El siglo XIX, el peor en el arte desde la época cavarnera, es la realidad, pero sensorial.

—¿Por qué no sensual?—piensa el señor que, etcétera. Sensual viene de *sensus*, sentido. Quiere buscarle peros, y ahora todo va bien. Se contenta con tiquis.

—Era sensorial el cuadro del minuto, de la hora, de la gavilla de trigo pintada mil veces, desde las cinco y media de la mañana hasta las ocho de la noche.

Risas.

—¿Qué encontramos en el cuadro que representa la gavilla? Los colores de un señor. Cézanne quiso dar la verdadera gavilla, la corpórea, no la transparente: con relieve, tal como es. No fué enteramente satisfactorio en su empeño, porque era mal colorista; pero es preciso tragarle los cuadros. Supongamos que nos daba la verdadera gavilla. ¿Ehm? Pero ¿sólo

hay una gavilla? ¿hm? Este es el gran punto del arte contemporáneo.

Atención.

—Proust escribió sin que lo supieran los post-impressionistas, pero va con ellos. El mal hombre escribe ocho libros para enterarse él mismo de si su amante es buena o mala; uno acaba creyendo que es buena y mala a la vez; si M. De Charlus era una buena persona o un perverso. Pero es que la cosa puede ser enteramente buena y mala.

No sabemos qué piensa el señor catedrático. El señor que nadie, etcétera, se prepara a divertirse oyendo las herejías que probablemente van a venir. Siempre le han divertido las herejías, porque le parece mentira que la gente no vea intuitivamente que son herejías.

—Las cosas son de dos maneras, al menos, si no de más —dice Proust—. ¿Qué difícil es pintar el mundo de mil maneras distintas, y no superficialmente, como aquella gavilla! Sin embargo, hay que ir a ello. En filosofía, también. Mientras Proust escribía *Sodoma y Gomorra* y empezaba el cubismo, Einstein daba la teoría de la relatividad: los trenes no van como creen, sino como el que los ve pasar. Toda la vida es lo mismo.

El señor occidentalista recuerda la teoría de los panoramas y otras cosas famosas que el orador ha maltratado poco ha.

—Cuando yo era niño, leía la maravillosa manera como cuenta Virgilio que bajaban las sombras de las montañas y subían los humos de las cabañas. No se trata ahora de virgilianismo, sino de proustianismo, hablando mal.

El señor crítico goza extraordinariamente con tan extraordinaria diversión.

—Es bueno que queramos desviarnos de las sendas holladas; pero cuando hablamos de un grifo de agua, todos creemos que hay un grifo. Y esto lleva a los mil aspectos del cubismo. Picasso no advirtió lo que hacía. Dejó la gavilla, pero vió un vaso de leche y un cuerno de la vaca que la dió y la guadaña para alisar la hierba que come la vaca... ¿hm? Es innegable que vemos todo esto. Si expresamos lo que vemos dentro de nosotros, sin embargo, ¿por qué no lo vemos fuera? El expresionismo fué lo de dentro. En Madrid se os ha hablado de secreciones internas. Pues ¡claro está! Coincide con el expresionismo, y es muy agradable; pero ha pasado. Han bastado cinco años.

Alarma. El Sr. Ramón, sin embargo, se divierte cada vez más.

—Y ahora estamos en el *surrealisme*, o en el realismo mágico, como dicen en Alemania. ¿En qué consiste? Es lo más interesante. ¿No hemos retrocedido? ¿Hemos

Unión Patriotique

Comité Central

Port-au-Prince, le 28 Janvier 1929

Monsieur Joaquin Garcia Monge,

Ancien Ministre

de l'Instruction Publique,

Directeur Générale

de la Bibliothèque Nationale,

San José, Costa-Rica, A. C.

Monsieur le Directeur Général,

Monsieur Jolibois fils, Délégué de l'Union Patriotique dans l'Amérique Latine, n'a pas manqué de se faire le devoir d'informer le Comité Central des services précieux que vous avez si gracieusement rendus à la Mission Haitienne, lors de son séjour au Costa-Rica.

Aussi, l'Union Patriotique m'a chargé tout spécialement de vous en exprimer toute sa gratitude et de vous demander de continuer votre concours à la pauvre Haiti, si douloureusement meurtrie sous les bottes des impérialistes venus du Nord.

Le peuple haitien gémit sous le plus cruel et le plus brutal des despotismes étrangers, associé à la trahison d'un petit nombre de ses fils et de mètèques. Chaque jour, le yankee augmente, par des mesures arbitraires et de pretendues lois, sa main-mise sur le pays, essayant dans des formules hypocrites d'expliquer sa politique de conquête.

En resserrant ses liens avec les peuples de l'Amérique Latine, Haiti ne fera que fortifier tous les éléments de lutte contre l'impérialisme des Etats Unis et pourra, en même temps, y trouver un solide appui pour se dégager des serres de cet oiseau de proie venu du Nord.

Et je saisis avec plaisir cette occasion de vous offrir, Monsieur le Directeur Général, les assurances de mes sentiments cordiaux.

(f) P. THOBY

nera, y es claro que esto ha de acabar mal.

—«Adsum»—dice el señor que nadie sabe quién es.

—No me gusta el arte contemporáneo; pero Dios nos libre del arte de veinticinco años atrás. Cuando un hombre produce ese arte, ¡qué vergüenza! Hasta Rodin me da vergüenza.

El señor crítico y el señor Ramón van animándose.

—Voy a decir una cosa interesante. Me pidieron para una revista de Washington un artículo sobre arte de España. El director había estado en Madrid, había visitado al Rey, etc. Un mes después del encargo, el director me dice que un señor de Madrid con quien contaba no había enviado el artículo prometido. Lo hice yo, y firmé mi nombre, sonorosamente hispano, ¿hm? Veinticinco días después, que otro señor había fallado, y escribí en su lugar un artículo, que firmé también sonorosamente, Santiago Ibero. Y así.

Risas, muchas.

—Uno de estos tres artículos era sobre arte español, y decía que tenemos algunos pintores que en América—donde todavía duran Zuloaga y Anglada—donde gusta todavía la niña castellana con un odre—, que en América no conocen y en Madrid tampoco. Sabed que Pruna ha reunido a todos los maestros del mundo en Pittsburgh, y ha vencido con una mujer que vuelve la espalda, que mira con una carita fina, maravillosa. En cambio, el cuerpo está sin hacer. Parece que la cara dice: «¿Dónde está mi cuerpo?» Y el cuerpo: «¿Por qué tengo yo esta cara?»

Risas frescas.

—Esta es la alegría y no la de la gavilla. Es aguantar y resistir lo que se pueda en eso de «no harás».

Distintos mentales del señor catedrático y el señor que nadie sabe quién es.

—Hay en el arte técnica—no hablemos de ella—, inteligencia y estética: la estética es lo que únicamente cuenta.

Esos señores de arriba se ponen más serios; el señor Ramón crece en regocijo; el señor ensayista mira a la izquierda, incrédulo; el señor crítico se divierte cada vez más.

—Con la inteligencia obtenemos definiciones, no arte. Arte es todo lo que no se pesa, ni se mide, ni es lógico, ¿hm? Muchas veces lo ilógico, lo puramente estético, ha aparecido en la historia. Cribelli, Signorilli, Miguel Angel, intentaron traspasar las fronteras de la creación; pero tenían una mitología, y ahora no tenemos este recurso; estamos mancos, y el arte moderno ha de crear de la nada y sin nada. Dicen que el arte vuelve al academicismo, y lo deploro. Soy loco, pero de los que tienen tres o cuatro tornillos más de la

avanzado, ¿hm? Lo cierto es que no se podía llegar a esto sin pasar por el cubismo y el expresionismo. El realismo mágico pone dos cosas reales, claras, en contacto; pero las dos extrañas una a otra: dos aspectos disonantes que, chocando, producen una reacción, una tercera impresión que no estaba ahí: es cosa mágica, en efecto. La liebre corría con el corazón de tomillo: el cazador tiene color de hierba, ha dicho un poeta francés, y otras cosas muy buenas, varios poetas castellanos de aho-

ra. Todo se asocia en desconcierto y provoca una chispa que describe un paisaje. ¿Producido por el olor del tomillo y el color de la hierba? ¡Yo qué sé! El resultado es un paisaje. Una ciudad de noche. Vosotros, los que me escucháis, ¿cómo os describo en verso? Hace falta una trampa, una combinación de la inteligencia y la inspiración. Esto es infringir el «no harás tal cosa»—no matarás, no tentarás al Señor, tu Dios, porque tentarle es crear el Universo a nuestra ma-

cuenta. A veces hacen ruido, y creo en el arte de hoy, porque he vivido entre salvajes, entre los que van desnudos y tienen facultades preciosas, que también nosotros somos capaces de tener. La lógica ha sido facultad capital del siglo XIX, y nos ha hecho perder otros valores. La cuestión es no perder la lógica, ir a velocidad moderada, ganar dinero si se puede; pero hacer que renazca el hombre primitivo. Fernando Sarmiento, que era un dictador, conocía de

noche el lugar de la pampa donde se encontraba. Y era como nosotros al cabo: mataba, vendía, compraba, ¿hm?

Hay varias protestas.

—Los pájaros se orientan sin lógica, y la memoria cuenta menos que esa visión de orientación. No lógica griega; lógica de facultades primitivas. Y como ya son las tantas...

Pijoán acabó exactamente en «tantas» la historia; se va, y no nos ponemos de acuerdo.

José M. Ruiz Manent

Historia del Mundo

La obra de J. Pijoán

Dos tomos, no más, han aparecido publicados de esta obra, que sin afán de exagerar calificamos de notable y excepcional, no sólo en el pensamiento castellano, sino también en el universal. La vastedad de la historia parece demasiada para un hombre solo. Sin embargo aquí no se trata de una obra histórica a usanza de muchas que publican con mucho rumbo y fama, dándose los nombres, apellidos y copiosos títulos de quienes en colaboración la han escrito. Esta última clase de libros es un conglomerado de varias, a veces divergentes arquitecturas mentales, enlazadas por la conveniencia y cálculo del editor. Por esa razón también, hay zonas que ninguno de los colaboradores se ha adjudicado y de ahí resultan inexplicables vacíos.

La *Historia del Mundo* la ha escrito el señor Pijoán y es un libro que en su material constructivo, arquitecónicas, frisos, robustas columnas, estatuas, decoraciones, situación y detalles, deja ver al mismo sabio arquitecto. El primer tomo se refiere a nuestro planeta en sus primeras edades y a los primeros pobladores conocidos del mundo. El segundo tomo contiene un maravilloso estudio de las civilizaciones clásicas y de la formación de los grupos étnicos en sus tendencias políticas de sociabilidad.

El señor Pijoán ha sido un gran viajero, en la más completa acepción de esta palabra. Ha vivido en distintos lugares del planeta y se ha familiarizado con distintos pueblos. Conoce los principales idiomas europeos y eso le ha permitido consultar infinidad de obras inasequibles para el común de las gentes y penetrar el alma de razas cuyo conocimiento

es tan inasequible como el de esas obras. Tiene por lo que revela su obra una ilustración enciclopédica y una gran especialización histórica. Es ingeniero arquitecto, y antes que en Herodoto o en Mommsen ha leído la vida del pasado en los monumentos que éste nos dejó, y de esos monumentos que él ha visto y palpado trasciende al lector, como un vapor, la impresión de lo que fue y el soplo de lo eterno. Es también el autor gran poeta y muchos de los capítulos de su obra, como el bellísimo sobre la evolución de la vida en la tierra, como el relativo al establecimiento de los semitas en Palestina que termina con la muerte de Moisés en la

boca de Jehová, a la vista de la tierra prometida, sin que nadie conozca su sepulcro; como el que narra la vida de Alejandro y de sus diádocos; como aquel que refiere a las dudas e inquietudes del alma romana en presencia del problema de la vida presente y de la vida futura, son poemas donde un estilo noblemente sencillo y austero resplandece fundido con la majestad ora religiosa, ora épica, ora meramente científica del asunto. ¿Pero a qué extrañarse de que sea poeta el señor Pijoán? ¿No está acaso la poesía en la cúspide de la pirámide de las ciencias?

Otros capítulos hay notables por la poda espiritual que el autor llevó a cabo al presentar dentro de la reducción indispensable de un libro como el presente, materias complicadas y extensas. Quienes hayan sido profesores saben cuán difícil es esa labor de asimilación y eliminación a la vez. Hay que asimilar para que el discípulo, el lector en este caso, digiera y hay que eliminar para ponerle límite a materias que carecen de él. Esta labor difícil es también, en ocasiones dolorosa para quien ama la ciencia y suele serlo tanto como la del jardinero que suprime con sentimiento hermosas y quizá floridas ramas subordinado al deseo de conservar las mejores y más productivas. Esa labor difícil y

dolorosa a la vez, admirábase especialmente el que escribe en el capítulo que trata del origen de nuestro planeta y en los relativos a la evolución del pensamiento griego y a Platón y Aristóteles, por no citar más que esos.

Y ese libro tan bien escrito está también magnífica y modernamente editado, tan enriquecido con fotografías cuyo contenido está tan enlazado con el texto de la obra que no podría separarse lo uno de lo otro, de suerte que si bien es cierto que las fotografías ilustran el texto, también es cierto que éste ilustra aquéllas. Porque así como visitar un museo es obra poco menos que inútil para quien no tiene la observación inteligente que es sólo patrimonio de bien cimentada cultura, del mismo modo es cosa inútil y vana la contemplación de las más interesantes fotografías de paisajes actuales o de monumentos del pasado, para quien no puede ponderarlas debidamente, al punto que puede decirse que no basta el proceso químico de fijación y revelación de la fotografía, siendo necesario un segundo de fijación y revelación mentales que permita leer lo que se ha visto y no comprendido. Y sobre este particular llama la atención cómo muchas de las maravillas de la civilización tales como la fotografía han tenido más utilización comercial que científica o docente, y es de notarse que cualquier prospecto comercial sea más atractivo que los libros con que pretendemos enseñar geografía o física a los desdichados estudiantes de nuestras escuelas y colegios.

Cuando leemos esta obra de tan honda poesía, de valor filosófico tan grande, cuando nos familiarizamos con el autor, vinculándonos a él mucha simpatía y admiración pensamos no sin melancolía en que el empeño constante del hombre por desentrañar el pasado lo llevará en el futuro a resolver problemas hoy insolubles y que cuando esos enigmas hayan desaparecido, autor y lector habrán pagado su tributo a la tierra, llevándose a la tumba la curiosidad e inquietud que tanto les atormentara en la vida.

Ante lo inevitable, quieran los Hados conservar su existencia al autor para que en las próximas ediciones de su obra, que muchas habrán de ser, puedan sus lectores ponerse al tanto, acostumbrados como están a su Maestro y a



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Operarios
competentes para la
confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este del Cometa
frente a Luis Vanni

San José, C. R.—Teléfono 3283

su disciplina y sistema, de los últimos descubrimientos prehistóricos e históricos, pues adviértese un interés general en el mundo por conocer mejor el pasado, y tanto en el nuevo como en el viejo efectúanse grandes trabajos de investigación. Bástenos recor-

dar los del conde Prorok en Libia, relativos a la prehistoria, los que la Institución Carnegie realiza en Yucatán y entre los últimos, los efectuados por Mr. Barthoux en Afganistán y los del Gobierno italiano en Roma y sus vecindades.

Teodoro Picado

San José, Costa Rica. Abril de 1929.

El poeta José Martí

(Viene de la página 232)

samiento nuestro salen a luz, como a vida natural, cuando la pasión desorbitada, el candente afán, la sacudida vital, lo ordenan. ¿Falta de una tradición de cultura que, circundándonos, nos serene? Más bien un estado de espíritu—quizá americano—integrado por causas muy difíciles de aislar.

Cierto que la incultura—o la cultura a medias que también es incultura—producen a veces (¿no es el gran ejemplo toda la poesía popular del Medioevo?) obras de fuerza y frescura sorprendentes. Como el hondo conocimiento en espíritus vacilantes puede llenar de obstáculos el camino. La inopia es madre fecunda de osadías. El rico tropieza a cada paso con sus riquezas. Pero eso complica el problema sin ser elemento esencial en su planteamiento. Hay una realidad innegable: lo que se ha llamado el *impulso lírico*, el *fuego romántico* de América. ¿Podemos negar que en muchas ocasiones al leer—o al oír—a nuestros escritores y oradores frondosos hemos sido deslumbrados—sobre todo en los años de iniciación—por sus desbordamientos irresponsables, avergonzándonos después de nuestro ensimismamiento al advertir el vacío que encubrían el poema o el discurso? Inhibida nuestra facultad crítica o no depurada aún, nos ha captado algo pobre y deleznable pero en cuyo fondo latía algo muy nuestro. Es que la vehemencia criolla, al no encontrar las resistencias del talento y de la cultura, nos disfrazó las hinchazones enfermizas de vientres fecundados.

En el romanticismo se sumergieron nuestros escritores como en agua propia. Era el cauce adecuado a sus desbordamientos. Con el que salvó su bagaje en la inundación—y con el que dió dirección enérgica y propia a la corriente y en ella se ejercitó, robusteciéndose—vimos al que, sin fuerzas y sin maestría, se debatió entre torbellinos agotadores y espumas efímeras. La lucha por la independencia en su nobilísimo y desinteresado ardor, fué buena ocasión para líricas y contagiosas vaciedades. Nuestra literatura política republicana

mitin y congreso—y la diaria transacción de nuestros mejores cerebros con la comprensión y aplauso del mayor número han continuado la labor.

El impulso vernáculo y el matiz indudable de nuestra visión se perdieron al enturbiarse. Anduvieron—andan—tan mezclados el modo de ver y de sentir criollos y su viciosa expresión que para miradas lejanas y casi nunca atentas, nuestra producción—como ciertos crecimientos celulares malignos—es vitalidad morbosa.

Pedro Henríquez Ureña, alta opinión, ha anunciado ahora la asimilación definitiva de esas exuberancias estériles, plantas robustas en tierras de escaso laboreo. Felicitémonos de ver cumplido en nuestra manigua empenachada el augurio del humanista dominicano. Pero no ceguemos nuestro caudal. Orientémoslo por cauces de ambición y de rigor. Nunca puede esperarse mayor fruto de una fuerza que al oponersele diques inteligentes.

El trópico está en nosotros. Si su sol enciende un cerebro poderoso

nutrido en serias disciplinas tendremos al gran escritor nuestro. Así en Martí. La hondura no se produce en él sino hermanada con la brillantez; no es el agotador de un campo reducido sino el hombre sacudido de curiosidades que se siente arrastrado—unido—a todas las inquietudes; el revolucionario que tiene trazado su camino en la carne de su espíritu, pero que a cada paso se detiene a contemplar los parajes transitados por los que pasaron antes que él o a preparar la jornada de mañana con el grito del nuevo dolor. Curiosidad ilimitada; desorden armonioso; olvido del grillete preceptista; palabra nacida del choque con las cosas; novedad hija de la sinceridad—pensamiento que es casi acción. Y, con el conocimiento amplio de todas las flaquezas, la fe en el mejoramiento humano. Y con los dos pies muy firmes sobre la tierra—como para contradecir a Goethe—ansia eterna de vuelo.

Nuestro gran escritor debía de ser el gran poeta de Cuba. En cualquier ángulo en que nos situemos siempre hemos de ver a la poesía como ansia superativa—superación de realidades tangibles o de mundos subjetivos—impulso de decir lo íntimo o lo colectivo con eficacia artística. En el hombre desasido de preocupaciones políticas puede ser la obra poética entretenimiento distinguido. En Martí, salpicado en todos los momentos por las lágrimas de los débiles y estremecido siempre por los gritos de los oprimidos

(...Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar...)

aguijado por el advenimiento de una vida nueva—en justicia y en

belleza—la obra poética fué la proyección natural, necesaria, fatal de su espíritu.

José Vasconcelos, tan fuerte cabeza cuando discurre por los senderos y antros de nuestra política americana y que tanta afinidad de estilo y de visión tiene con Martí, se duele, en ensayo reciente, de que nuestro héroe escribiera versos. ¿Cómo pudo ocultarse al autor de *La Raza Cósmica*, la fatalidad poética de José Martí? Y, ¿cómo pudo pasarle inadvertido que la condición genial en Martí—su genio es político casi siempre—vive con iguales lozanías y desembarazos en sus versos que en sus prosas? Si Vasconcelos quiere al Martí apostólico, al hombre que vivió en servicio de la *Madre América*, ¿cómo no echó de ver que sin la eficacia poética de todas sus páginas su obra hubiese sido la de un pensador más, pero no la del escritor de trascendencia inmediata y remota?

Pero, el propio Vasconcelos se encarga, en el ensayo sobre nuestro gran poeta, de darnos la explicación de su radical aserto. Con error inexplicable divide la obra poética en dos mitades: «la rima, el acertijo de los consonantes, el gimnasio juglaresco», de una parte; de la otra «el pensamiento del poeta». Para él muy pocos como Dante pueden mostrar un pensamiento robusto, original, desnudo de la música engañadora de la rima. Shakespeare puesto en prosa—dice—es menos que cualquiera de los buenos ensayistas filosóficos alemanes. Luego, para nuestro ilustre amigo, la poesía no es más que pensamiento puesto «a sílabas contadas». Si Vasconcelos vuelve sobre la cuestión, ahora que parece tener por encargo de la Liga de las Naciones la tarea de dar a conocer internacionalmente al poeta José Martí, rectificará su criterio.

La obra poética, hágase o no en verso, posee un elemento sutil que Vasconcelos ha asesinado en su disección bipartita. (Siempre el espíritu está ausente cuando la disección se realiza). Ese elemento sutil e inseparable de la verdadera poesía, esa calidad tan fácil de percibir como difícil de definir, que se llama con notable aproximación el *mensaje* del poeta, no puede estar en los elementos externos, adjetivos—rima, consonante, estrofa—ni en el pensamiento que nunca como pensamiento puede ser poético. Está, sí, en la *manera* de pensamiento que se vacía en los moldes formales. El mismo Vasconcelos, después de leer el admirable poema de Martí *Yugo y Estrella* se ha sentido estremecido «por una ráfaga celeste». Esa *ráfaga celeste* es la poesía. ¿No dijo Platón, tan amado del pensador mejicano, que el poeta es cosa alada y sagrada? Apoyados en el gran

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

griego diremos a Vascencelos que, dejados de lado los elementos formales—que no son esencialmente poéticos,—el pensador se distingue del poeta en que el pensador —cuando no está a la vez, como en Nietzsche y en Martí, poseído de don lírico—sabe lo que dice y el poeta «dice cosas divinas sin saber que las dice».

Juan Marinello

(Seguirá en la entrega próxima)

Fraternalmente

Juan Rafael Padilla, mi muy querido hermano, te acuerdas? Cuántas veces, Juan Rafael Rubí, venía con nosotros. Cogidos de la mano, íbamos silenciosos, comprendiéndonos, y...

La vida es una cosa que bien vale la pena de vivirla, viviendo, como hermanos, así; no como la madrastra, la víbora, la hiena, el lobo de leyendas rojas y el jabalí

alter ego de Calles, de filósofos colmillos hechos para morder y morder y morder; nosotros, franciscanos humildes y sencillos éramos verdaderos amigos, sin saber,

que la vida es horrible, tan horrible, que ahora, estoy muy envidioso de estos dos hermanitos, barcos de velas blancas y adelantada prora. Si la muerte, ciclón de empujes infinitos,

viniera a suspenderme, no tendría cuidado. Bien conozco las Islas Dichosas y los puertos d'abrigo permanente. Jesús, al otro lado, bendice con sus Manos los ojos de los muertos.

Con aquellas sus Manos maestras d'alegría, que nunca, nunca, nunca te podrías alegrar sin tocarlas! Sus Manos más alegres que el día; más alegres que el cielo, más alegres que el mar.

Ni sigas comparando. Quizás la reticencia y un collar tembloroso de puntos suspensivos podrán, sin decir nada, decir la equivalencia de estas Manos, en donde, libremente cautivos, mis amigos y yo, veníamos los tres.

Íbamos como niños llevados de la mano.

Ley d'alegría, para vivos y muertos, es:

Que vengas como un niño llevado de su Mano.

León de Nicaragua

A. H. Pallais, Pbro.

Fantasia de la lluvia

A Hernán Pallares Zaldumbide

No es el menor reproche...

Te has fugado como esas luces repentinas que hace el lápiz de la estrella en la pizarra de la noche y de ti, como de esas gotas cristalinas en que espeja el rocío a la prófuga bruma se han bañado nuestros ojos que advertían en el trigal caído la espiga de tu sueño.

Contéplanos ancianos. Ha pasado la espuma de la escarcha, nevando los oscuros cabellos. La ceniza nocturna ha manchado el empeño. Nuestros pasos de sombra que a una luz perseguían en un círculo muerto, desandando, se han vuelto y el licor de aire rudo, como en húmedo vaso se ha colado en el pecho, y nos canta en revuelto monorritmo de agua, el romance del sapo.

Catapulta de trueno que ha dañado a la estrella. Sobre el zig zag del rayo puede andar Capricornio. Ya perdimos la huella como el griego viajero de verso y unicornio.

¿Volvemos? Hay un ciprés aquí. Su verde techo recio burla un tanto a la ducha de los cielos. No es miedo

ni desánimo. Nunca las agujas del agua nos tejieron el hongo el hielo en las arterias. No es cansancio. Es desprecio...

El sueño, en son de invierno, con su aterido dedo cosquillea los párpados que se cierran sumisos. Nuestra alma es la piragua navegando en un charco de lluvia dulce. Rizos para barbas de gnomos la nieve en los vestidos... Las doce, hora de hechizos recoge a los minutos que están desprevenidos.

En la aldea de casas con techo enrojecido la nieve ha decorado sus cristales minúsculos. Tendidos en la alfonbra de este kiosco perdido nos llenamos de hojas y nos duelen los músculos! Sólo el recuerdo, como una chimenea nos pudo calentar... Ha llovido a torrentes. Pero, sabrosa plática en el recinto humea y no castañetea nuestros dientes.

Es el menor reproche: Ella fugó para romper la vasta catarata... Pensándonos *románticos* y amigos de la luna nos trajo a caminar por la vía de la noche, nos prendió con la risa dardeante de la lluvia y se marchó en el carro de la bruma oscura y clara, ambigua: como el trigal morena, como la espiga, rubia.

Quito, Ecuador

Augusto Arias

LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias
para muchachos

Ha salido ya el cuaderno No. V
Por el Índice se verá cuán interesante es:

ANÓNIMO: Historia de un gallo y de una gallina que marcharon a Roma.....	
ANÓNIMO: El boyero y la hilandera	
ARRIETA, RAFAEL ALBERTO: Tres canciones infantiles.....	
AZORÍN: Las plantas	
» Juan el de Juan Pedro	
BRENES MESÉN, ROBERTO: El viento	
CARDUCCI: El buey	
CASTRO, ROSALÍA DE: Las campanas	
DARÍO, RUBÉN: La resurrección de la rosa	
DÍAZ MIRÓN, SALVADOR: El fantasma	
DUBLÉ URRUTIA, DIEGO: En el fondo del lago	
» » Tienen las Capuchinas... ..	
DUNSANY, LORD: Días de ocio en el país del Yamm	
ECKERMANN: Historias de pájaros	
EGUREN, JOSÉ M. Marcha fúnebre de una marionette	
FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G.: De la cabuya y del henequén	
FINGERIT, JULIO: El entremés del ligonero que quiso cobrarse el humo	
GARCÍA MONGE, J.: La mata de los cincos	
» » Esfuerzos malogrados	
GRANDMONTAGNE, FRANCISCO: Apología de los gorrones	
GIBRAN, KAHILIL: Ejemplos	
GUZMÁN CRUCHAGA, JUAN: El agua dice... ..	
LABOULAYE: Meñique	
LANZA, SILVERIO: Astronomía legal	
LÓPEZ RUBIO, JOSÉ: Una carta del lobo de Caperucita	
MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL: El carpintero	
MÉDIZ BOLIO, ANTONIO: El girasol	
» » Danza de la buena lluvia	
MONTALVO, JUAN: Elogio del agua	
D'ORS, EUGENIO: El pastor singular	
PHILIPPE, CHARLES-LOUIS: El pequeño Augusto	
» » Mi madre	
PUJOÁN, JOSÉ: Esto ocurrió antaño, y parece de hoy	
» » Caciques, reyezuelos y faraones	
PRUDHOMME, SULLY: Un sueño	
QUIROGA, HORACIO: La jornada del Marañón	
» » Tomás de Quincey	
» » Los cartagineses de Eldorado	
» » Laplace y Biot	
ROSENBERG, ARTURO: La ley frumentaria de Cayo Graco	
TAGORE, RABINDRANATH: Una vez hubo un Rey... ..	
TOLSTOI: Cuentos breves	
UNAMUNO, MIGUEL DE: Esa casuca de la naricita	
» » 2 por 2 son cuatro	
VEGA, DANIEL DE LA: Las palabras	
VÍQUEZ, PÍO: Trazos	
WORRINGER, GUILLERMO: El caso máximo de oasis	

A \$1.50 el ejemplar se vende en la Librería Alsina.

Poco toman en cuenta en las normales para la valoración de un maestro, poco se la estiman si la tiene y menos se la exigen si le falta, esta virtud de *buen contar* que es cosa mayorazga en la escuela. Lo mismo pasa con las condiciones felices del maestro para hacer jugar a los niños, que constituye una vocación rara y sencillamente preciosa. Lo mismo ocurre con el lote entero de la *gracia*, dentro del negocio pedagógico. (El filisteísmo vive cómodo en todas partes; pero muy especialmente se ha sentado como patrón en el gremio pedagógico dirigente.)

Sin embargo, *contar* es la mitad de las lecciones; *contar* es medio horatio y medio manejo de los niños, cuando, como en adagio, contar es escantar, con lo cual entra en la magia.

Estoy hablando de la escuela primaria, naturalmente, sin que esto deje de cubrir también los tres primeros años de la secundaria.

La zoología es un buen *contar* de la criatura-león, de la criatura-ave y de la criatura-serpiente, hasta que ellas, una por una, caminen, vuelen o trepen delante de los ojos del niño, gesticulen y se le metan en el alma hasta ese como núcleo en que él tiene sentados a los demás seres con quienes entabla la linda familiaridad animal que es la mera infancia.

Se han de dar, primero, las estampas, todas las posibles, abundantes, numerosas estampas, sin las cuales no habrá en la sala objeto verdadero sobre el que el niño aúpe conocimiento alguno. Sobre la lámina yo pondría la aventura o el relato—muy coloreado—de la costumbre animal, ya sea dando el trozo escogido de una buena Antología Zoófila¹ o el cuento de bestias que el profesor se sepa. Sólo después de esta doble estampa de la bestezuela, la estampa grabada y la oral, yo entraría en la descripción técnica haciéndola vigorosamente enjuta, como el trazo del aguafortista porque es engorrosa siempre para el niño; de ella pasaría, finalmente, a lo del orden y la familia, que como trabajo de generalización es bastante ingrato para el chiquito.

Caldeado el niño con el relato, echado así de bruces en el tema, con el gusto del nadador que se zambulle, él entra en la criatura-abeja o la criatura-león como un ele-



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Contar

=De Revista de Pedagogía, Madrid.=

mento que le da gozo, y él dará dentro del tema los pasos que se quiera o, a lo menos, los que permita la suma de interés levantado por la narración en confluencia con la imagen.

La botánica no es menos *contar* que la zoología, al revés de lo que algunos creen. Se cuenta con la misma arquitectura bella de relato, la cosecha y elaboración del lino; se cuentan muchos árboles americanos prodigiosos, dando al niño el mismo encantamiento de una fábula animal. Así el árbol del pan, así las palmeras—que hacen tribu vegetal—, así la tagua ecuatoriana o el alerce chileno.

La geografía es siempre un *contar* en el gran geógrafo y un puro enumerar huesoso y hacer cubos de cifras en el mediocre. Reclus, el admirable, contó larga y jugosamente; Sven Hedin y Humboldt han contado. La plaga de autores de textos de geografía no sabe contar por boca propia ni tiene la hidalguía de citar con largueza las páginas magistrales de los clásicos con que cuenta su ramo. De donde viene ese pueblo feo y monótono que forman los textos de una ciencia que es genuinamente bella, como que es la dueña misma del panorama.

El paisaje americano es una fuente todavía intacta del bello describir y el bello narrar. Ha comepzado hace unos pocos años la tarea Alfonso Reyes con *La visión de Anahuac*, y

ese largo trozo, de una maestría de laca china en la descripción, ha de servir como modelo a cada escritor indioamericano. Nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo íntegramente y además dignamente.

La química es también *contar*. Las propiedades—y no digamos los usos—de cada materia dan para relatos del mejor «maravilloso». Yo he hecho en una escuela, de obreras uno con el yodo—producto precioso que sólo da nuestro país—y otro con las principales resinas, por lo cual bien sé lo que aseguro.

Yo dividía hace años los temas en temas con aureola y temas sin aureola, es decir, los que se prestan a una trasfiguración del asunto gracias a un comentario hábil y los que esquivan o rechazan su dignificación a criatura gloriosa... Ahora yo creo que no existen sino temas aureolados, o sobrenaturales, y que mi pereza para punzarlos hasta sacarles esplendor era la que me dictaba aquella tonta clasificación. He leído un artículo ajeno sobre los cristales a esas mismas alumnas obreras y las he tenido dos horas como debajo de un hechizo. Sé que después de esa lectura su mirada para el simple vidrio, y no digamos para el cristal de roca, será una mirada nueva.

Sobra decir que la historia es un *contar*, aunque no esté de más la perogrullada para

los maestros que resuelven ese ramo en fechas, lugares y apellidos.

Quedamos, pues, en que quien sabe contar donosamente tiene aprovechado y seguro medio programa.

Ahora vendría el esclarecer lo que es un buen contar.

Creo que no se sabe esto preguntándolo a un técnico en fábulas o sea a un escritor, sino recordando quiénes nos contaron en nuestra infancia los «sucedidos» prodigiosos que nos sobrenadan en la memoria desde hace treinta años.

Mi madre no sabía contar o no le gustaba hacerlo. Mi padre sabía contar, pero sabía él demasiadas cosas, desde su buen latín hasta su noble dibujo decorativo; era hombre extraordinario y yo prefiero acordarme de los contadores corrientes. Dos o tres viejos de aldea me dieron el folklore de Elqui—mi región—y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil. Después he leído cuantas obras maestras del género infantil andan por el mundo. Yo quiero decir que las narraciones folklóricas de mis cinco años y las demás que me han venido con mi pasión folklórica después son las mejores para mí, son eso que llaman «la belleza pura» los profesores de estética, las más embriagantes como fábula y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos.

El narrador en el folklore no usa del *floridismo*, no borda florituras pedantes, ni florituras empalagosas; no fuerza con el adjetivo habilidoso el interés; éste brota honrado y limpio del núcleo mismo de la fábula. El narrador folklórico es vivo a causa de la sobriedad, de que cuenta casi siempre alguna cosa mágica, o extraordinaria a lo menos, que está bien cargada de electricidad creadora. Con la repetición milenaria el relato, como el buen gimnasta, ha perdido la grasa de los detalles superfluos y ha quedado en puros músculos. El relato folklórico de este modo no es largo ni se encuentra atollado en las digresiones, camina recto como la flecha a su centro y no fatiga ojo de niño ni de hombre. Estas son, creo, las cualidades capitales del relato popular.

¿Y las del contador? De lo anterior se desprenden algunas de ellas.

El contador ha de ser sencillo y hasta humilde si ha

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Vienen.....	₡ 755.50
R.....	5.00
Logia Virya.....	25.00
X. X.....	3.00
	₡ 788.50

¹ Acaba de aparecer una en francés.

de repetir sin añadidura fábula maestra que no necesita adobo; deberá ser donoso, surcado de gracia en la palabra, espejeante de donaire, pues el niño es más sensible que Goethe o que Ronsard a la gracia; deberá reducirlo todo a imágenes, cuando describe, además de contar, y también cuando sólo cuenta, dejando sin auxilio de estampa sólo aquello que

no se puede trasmutarse en ella; deberá renunciar a lo extenso que en la narración es más gozo de adulto que de niño; deberá desgajar en el racimo de fábulas que se ha ido formando las de relación caliente con su medio: fruta, árbol, bestia o paisaje cotidianos; procurará que su cara y

su gesto le ayuden fraternalmente el relato bello porque el niño gusta de ver conmovido y muy vivo el rostro del que cuenta. Si su voz es fea, medios hay de que la eduque siquiera un poco hasta sacarle alguna dulzura, pues es regalo que agradece el que escucha una voz grata y que

se pliega como una seda al asunto.

Si yo fuese directora de normal, una cátedra de folklore general y regional la abriría en la escuela. Además —insisto—, no daría título de maestro a quien no *contase* con agilidad, con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación.

Gabriela Mistral

Avignon, febrero de 1929.

¹ En la rama que puede servir a la infancia, que es grande.

Afortunados católicos apostólicos con la paz que ha vuelto a sus espíritus. Con cierto éxtasis miramos la fotografía del instante en que el arrugado Cardenal pone su firma al pie del tratado que crea *La Ciudad Vaticana*. El dictador a su siniestra, como respondiendo a una señal del fotógrafo, parece invocar algún poder del universo que se posesione de él infundiéndole perennidad a ese instante de su vida. Es en la Sala de los Papas. Un lugar eminente y dos figuras también eminentes.

La paz ha vuelto a los católicos apostólicos en una forma blanda, desusada, como envuelta en algodón o en retazos de sedas. Los glosadores de esa paz han desenterrado toda la literatura caduca de tratados y reclamaciones, desde que el Papa perdió el derecho de turismo nacional e internacional, hasta la culminación ultrapacífica del conflicto. Podrá ya el Papa echarse por el mundo en visitas santificadas y muchos de los que han alfenicado el suceso de la *Ciudad Vaticana* podrán así ocupar puesto eminente en las comitivas oficiales que le den la bienvenida. ¡Cuánto ha ganado el mundo con esta paz envuelta en sosiego!

Paz y ceremonias. Para los católicos apostólicos la una, para el dictador la otra. Lo vemos en multitud de fotografías, sobresaliendo siempre, ufano, en traje de gala que simula majestad. En *La Sala de los Papas* a la entrada de la *Sala de los Papas*, a la entrada y a la salida del *Palacio de Letrán*...

Es este dictador el tipo completo de que hablan los *Claros Varones*, «de apariencias y de ceremonias infladas». En dónde si no en El Vaticano pudo él inflar con mayor ostentación una ceremonia?

El «musolinismo» es eso, aparato, ritos, aire soplado en todos los actos privados y públicos.

Va cundiendo el «musolinismo» por el mundo. Los mismos *Claros Varones* usan una expresión rotunda cuando estampan una figura de trascendencia. Allí está el Cardenal de Sant Angelo, que fué «hombre esencial». El «musolinismo» es la negación del «hombre esencial». Exalta el otro tipo, el «hombre de apariencias».

En una época hubo el anhelo de dar movilidad a los estudios teosóficos atrayendo hacia esa preocupación toda suerte de mentes con algún relieve de importancia. Circuló por entonces la traducción del primer libro de J. Krishnamurti, *A los Pies del Maestro*, hecha por

Estampas

uno de los miembros costarricenses que más han prestigiado la teosofía en Costa Rica. Recordamos bien las páginas del joven indú. Las leímos aspirando encontrar declaraciones trascendentales de un espíritu que se proclamaba a sí mismo y era proclamado a la vez, un sér divino. Introducía el libro la señora Bessant, guardián de ese tesoro divino, asegurando que eran las primeras revelaciones que de lo Alto llegaban al mancebo. Y Krishnamurti daba en su libro los procedimientos para encontrar el sendero que conduce a los hombres a redimirse de los estorbos que atan la vida humana a lo transitorio del Universo. «El primero de estos requisitos es el discernimiento, por el cual entendemos generalmente el discernimiento entre lo real y lo irreal.» Un libro muy humano y digno de seguirse en muchas de sus enseñanzas.

Hemos vuelto a hacer recuerdo de ese minúsculo tratado de la felicidad, escrito por un adolescente en obediencia a mandato de seres superiores. Han pasado los años y el que fué adolescente ha crecido tanto como nosotros en edad. Siguió

rodeado de los esplendores de su condición divinay ha recibido no há mucho el alma del Cristo mismo. Es ahora más importante. Cómo ha cambiado su índice guiador de la conducta humana! Desapareció el tono escolar de su enseñanza y habla como un hombre contra la vida y contra los que la pueblan. Lee uno de sus últimos artículos y entresacamos párrafos. «Me sentía en rebelión contra los teósofos, con todas sus jergas, sus teorías, sus reuniones y sus explicaciones de la vida.» Alguna sorpresa nos ha causado esta afirmación, porque va contra su guardián, contra la señora Bessant, que es quien enfile las huestes teosóficas del mundo. Pero, si la juzgamos irreverente para quien se ha arrogado el privilegio de custodiar esa vida de dios, también la admiramos como el resplandor de un sér que es más humano que divino. ¿Qué voces oírían los que señalaron casi en su niñez a Krishnamurti como el sucesor de un dios? Han debido equivocarse. El se sintió en rebeldía contra ellos y contra sus jergas. Lo hicieron aparecer como recibiendo en revelación las páginas de *A los Pies del Maestro*, que fueron dadas como guía del hombre que pretende la felicidad o la verdad. Y con el transcurso de los años, cuando ya no es un adolescente, declara por su propia cuenta, con toda severidad, que en el bregar, los hombres, «si no se libentan de los mismos dioses a que rinden culto, de los intérpretes que pretenden ser sus guías» no encontrarán esa verdad ni esa felicidad.

Ni la opulencia, ni la educación de que estuvo rodeado en Europa, ni los libros sagrados, ni las filosofías, ni los templos de la India, le dieron nunca la clave de la felicidad que él ambicionaba. Y cada maravilla de esas le era puesta al alcance por sus guardianes que han visto y parecen seguir viendo en él a un dios. Sin embargo, cuando sus celadores, siervos de mandatos de maestros invisibles, desacatando instrucciones, lo dejan proceder por su propia voluntad, él marcha a California. Aquí parece recibir la verdadera revelación de su vida. Muévase como humano y libertado de los borreguiles de la divinidad, siente todo el sabor de la vida. Los montes, la enfermedad de su hermano que es de carne y hueso, los oficios plebeyos, la habitación rústica, sobre todo el trato libre con la vida, le revelan la Verdad, a él que es tenido por un sér dotado de predestinación divina.

INDICE

Legenda aut adquirenda



A. Torres Riosco: <i>Precursores del Modernismo</i>	3.00
Franz Tamayo: <i>Nuevos Rubayats</i>	3.00
C. Octavio Bunge: <i>La Educación</i> , 3 toms.	10.00
Charlot, intimidades de su vida y su arte	1.25
Eugenio d'Ors: <i>Hambre y sed de verdad</i>	3.50
Horacio Quiroga: <i>Los desterrados</i>	4.00
L. López de Mesa: <i>El libro de los apólogos</i>	3.00
E. B. Place: <i>Manual Elemental de novelística española</i>	2.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i>	1.00
Andrés Avelino: <i>Cantos a mi muerta viva</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Panchito Chapopote</i>	4.00
Garcilaso y Boscan: <i>Poesías</i> , 1 vol. pasta	2.50
Mariano Ibérico Rodríguez: <i>El nuevo absoluto</i>	2.00
E. Zamiatan: <i>De cómo se curó el doncel Erasmo</i>	2.25
José Vasconcelos: <i>Indología</i>	5.50
Montesquieu: <i>Cartas persas</i> , 1 vol. pasta	2.50
César E. Arroyo: <i>Retablo</i>	3.00
Luis Araquistain: <i>La agonía antillana</i>	3.50
Alberto Masferrer: <i>Helios</i>	1.50
Salarrué: <i>El señor de la burbuja</i>	2.00
Eugenio d'Ors: <i>El molino de viento</i>	3.00
José Martí: <i>Discursos</i>	3.00
Martin Luis Guzmán: <i>El águila y la serpiente</i>	3.50
W. Irving: <i>Apuntes literarios</i>	2.00
Manuel Bastos Ansart: <i>Los mecanismos del movimiento en el hombre y en los animales</i>	1.50
Rodó y sus críticos.....	3.75
Roberto Gache: <i>Paris - Glosario argentino</i>	4.00
José Carlos Mandiga: <i>7 ensayos de interpretación de la realidad peruana</i>	5.00
Rafael Maya: <i>Coros del mediodía</i>	6.00
Pedro Henríquez Ureña: <i>Seis ensayos en busca de nuestra expresión</i>	4.00

Según nos lo enseñó la rudimentaria química escolar de hace muchos años, el agua tiene tres propiedades infalibles: inodora, incolora e insípida. Una especie de trinidad producida por el hidrógeno doble y el oxígeno. Estas elementales nociones las hemos seguido aplicando a través de la vida por habérsenos grabado fijamente en la memoria. No hemos pensado nunca en rectificarlas, a pesar de pertenecer a una química aprendida en la escuela primaria. De seguro hemos vivido en un error, porque la trinidad generada por la H doble y la O constituye el agua potable, esto es, la que el hombre puede beber como persona, no como bestia, por ser el más saludable y puro de los líquidos. Pero no admite esa trinidad ni otras virtudes que rompan la figura geométrica, ni otros vicios que la contradigan. El agua es y seguirá siendo, para nosotros, incolora, inodora e insípida.

Y lo que en nuestro ambular de este día feriado hemos visto beber a personas! Un líquido oscuro que corre por una zanja cavada en la pura tierra, con las orillas llenas de vegetación emporcada, con gallinas y cerdos que arrojan desde ambos lados suciedades. De trecho en trecho hay a través de esa zanja lajas de granito y trozos de madera que llaman «cogederos de agua». Sobre unos cogederos, niños; sobre otros, adultos, campesinos todos, hacen su tarea. Una mujer lava ropa de la más detestable suciedad y todo lo que de allí sale cae al líquido achocolatado que discurre por la zanja. Más abajo otra zambulle un canasto lleno de maíz encenizado e hirviente. A continuación un hombre moja su pie corronchudo, lo saca chorreando, lo frota cuanto puede con un pedazo de teja y lo vuelve a consumir en el líquido oscuro que la zanja arrastra. Las escenas son variadas, hasta que dos niños provistos de vasijas metálicas se inclinan todo lo que pueden sobre la zanja y van recogiendo aquel líquido que ha servido para tantos menesteres inmundos. Uno de ellos bebe de allí hasta satisfacerse. Luego enfilan hacia la vivienda, un rancho pajizo miserable, repletas las vasijas del líquido.

También nosotros nos hemos puesto de bruces sobre la zanja, a observar con toda la visión de nuestras pupilas aquel líquido achocolatado, medio espeso, hediondo. Agua! No, no es, porque niega las nociones que de ella nos infundió la química escolar. Incolora... inodora... insípida... Ah! habrán sido rectificadas y nuestro rezago en ciencias no nos lo ha advertido.

Mas no, por más que la química haya

variado esas nociones, el hidrógeno y el oxígeno, si es que todavía son los que generan agua, son tan puros que no van a aliarse para producir porquerías. Esto no es agua, mentira. Es un semilíquido que en su incapacidad para brollar discurre pesado y sin ruido por un caño enfangado.

Tanto adelanto en la higiene y en la salud públicas y sin embargo, a esos lugares de la vecindad de la Capital no ha alcanzado ni siquiera una mirada de los que distribuyen esos adelantos.

Juan del Camino

San José, Abril de 1929.

Tablero = 1929 =

Crítica de libros.

Hace poco recibí de un amable lector un reproche amargo: — ... Pero está mal — me decía — que no se ocupe usted nunca de asuntos trascendentales. — Desde ese día he espiado el desfile de asuntos trascendentales con el mejor propósito de cazar alguno y traerle a esta sección. Muchos tienen que haber pasado ante mis ojos, pero yo no los he sabido ver. Es una incapacidad como otra cualquiera.

Me confirma en la triste idea de mi ineptitud para las cosas serias lo que me ha sucedido ahora. Abro el último libro de Marañón — *Los estados intersexuales en la especie humana* — y me lo leo desde la primera página hasta la última, ansioso de abismarme en lo trascendental. ¡Cuidado si hay allí ciencia, la suprema ciencia de la vida! Pues mi espíritu, frívolo, incurable, se queda prendido y embozado en una frase sin importancia. Describe Marañón la fugacidad de los deliquios amorosos en el hombre y anota un contraste. La actividad amorosa de la rana dura ocho días sin interrupción. Esto — explica el sabio biólogo — es porque las ranas «no tienen otra cosa que hacer.»

Si la frase no es un escape del buen humor, es injustamente despectiva. La rana no es el animal más ocioso. Tiene que ganarse la vida capturando animalillos para comer; tiene que engordar sus ancas para que las devore el hombre; tiene que aguantar las pedradas en el charco. Se ha hecho, con el sacrificio de la vida, un historial honrosísimo en los laboratorios. Ha guerreado con los ratones para que Homero pudiese escribir un poema y se

ha tomado el trabajo de pedir Rey para que Esopo pudiese escribir una fábula. Su claro croar no significa sino el cumplimiento de una obligación, la de tomar parte en el concierto de los campos. Y si no hiciese más que amar ocho días seguidos sin tomar aliento, ¿no sería bastante? ¿No es más justo increpar a la Naturaleza que, siquiera sea para ocupación tan dulce, impone a un ser tan débil la jornada de ocho días?

El hombre ama de prisa porque tiene muchas obligaciones. Ya, ya. ¡A dónde irían a parar las obligaciones si el hombre pudiese amar despacio! Pero, además, ¿a qué presumir? El hombre más laborioso no trabaja en toda su vida la centésima parte que una hormiga o un gorgojo. En relación con sus esfuerzos útiles, Eros le concede más compensaciones que a la rana.

Cierto que, exceptuando a los animales sometidos directamente a su dominio, el hombre es el más atareado de los animales. En el albor de la vida humana, cuando tenía aproximadamente los mismos deberes que la rana de nuestros días, el amor se le brindaba con más sosiego y menos sobresalto. Él mismo se ha buscado la perdición inventándose quehaceres vertiginosos. El amor, que es perezoso por naturaleza, le ha abandonado porque no podía someterse a un régimen de taxímetro. ¡Cuánto daría hoy el hombre por volver a ser un poco rana, aunque Marañón le metiese en un libro como ejemplo de morosidad!...

Heliófilo

(El Sol, Madrid).

Etimologías

Sagire, es sentir con penetración, por lo que se llama *saga* a las viejas que quieren saberlo todo, y también se dice sagaces a los perros. Al que prevé (*sagit*) un acontecimiento antes de que se realice, llámasele *presager*, es decir, que siente lo venidero.

Muy diligente (1) fue también en la elección de los nombres que daba a las diferentes clases de ciudadanos: llamó a los ricos *assiduus ab ære dando*, porque pagaban los impuestos, y a los que no poseían más de mil y quinientos ases, o que nada podían inscribir en el censo más que su persona, *proletarios*, para indicar que el Estado solamente esperaba de ellos prole, hijos. — *Citas de Cicerón.*

(1) Servio Tulio, Rey de Roma.

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina en las Arcadas, frente al Teatro Nacional.

TELÉFONOS:

2034 OFICINA

2208 HABITACIÓN.

Entre buenas amigas

Decididamente he encontrado el mejor medio de hacer mis compras, decía una señora a sus amigas.

No tienen Uds. más que ir a la **Tiendita**, que es la tienda de confianza para Señoras, y pedir una acción del Club que se está formando y les dará toda clase de facilidades.

Las mercaderías las renuevan constantemente y los precios, muy ventajosos. Si Uds. quieren las mercaderías, yo las recomiendo y así pueden retirar desde la primera cuota que pagan.

Imprenta Alsina (Sauter Arias, & Co.) San José, Costa Rica